



Como luz
EN
Invierno



MARIE RUSANEN



Como luz en invierno

Marie Rusanen



Primera edición en ebook: noviembre 2019

Título Original: Como luz en invierno

©Marie Rusanen, 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-55-3

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*A mi querido esposo: con tu amor he florecido.
Y a todos los hombres que tienen el coraje de comprender, respetar y amar el alma
femenina, y ofrecen a cambio un amor maduro.
El mundo necesita de hombres buenos que no tengan miedo de reconocer a una mujer
como su igual.*

NOTA DE LA AUTORA

En la creación de esta novela se han empleado licencias literarias. Tanto los personajes como la historia que en ella se cuenta son puramente ficticios; cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

lugar, pero una fuerza extraña la instaba a descubrir lo que estaba pasando.

Se aproximó a la puerta que vio entreabierta. Tuvo una premonición.

Quería huir. Quería continuar. Quería encontrarse por fin con la verdad.

Llegó ante la hebra de luz vertical que arrojaba la abertura, y entonces lo vio. La claridad que inundaba la oficina desveló todas las pruebas: el hombre, que estaba sentado, sostenía sobre sus piernas a una mujer con un inolvidable pelo rubio. Esta lo abrazaba y lo besaba con apremio.

¿La abrazaba él?

Sí, lo hacía. Sus manos constreñían con fuerza los brazos de ella.

Susurros al viento. Besos llenos de ternura. Un corazón que se quebraba. Nada más, pero eso fue todo para demoler las esperanzas de la joven que observaba.

Sus piernas se negaron a funcionar. Desesperada, trató de moverlas antes de que ellos la vieran. Los dedos de él asieron el rostro de la mujer con delicadeza, ajeno a todo lo que lo rodeaba. Fue entonces, sin saber cómo, cuando sus pasos la llevaron hasta la salida, a la encapotada mañana.

El viento apagó la última llama de su alma y su corazón no dejó de agitarse de dolor.

Necesitaba llorar.

Necesitaba coserle un par de alas a esa pena y dejarla remontar el firmamento.

alejándose y del clic de la puerta detrás de ella. Ninguna expresión alteró su rostro, pero sí lo delató un suspiro de pesar.

Era una pena. Una gran pena no poder cortejar a aquella mujer. Y no dejó de repetírselo antes, durante y mucho después de que se hubiera tomado una decisión acerca del candidato que se incorporaría a la empresa.

Su vida era complicada en aquellos momentos. No quería desequilibrar el balance que tan duramente había logrado mantener.

Pero el jefe de *art & viiva* todavía no sabía hasta qué punto su vida se podría enredar.

la producción y causando la histeria en todo el grupo, especialmente en el voluble genio de Matti.

El caso de la señorita Díaz fue especial. La había tenido en cuenta como un favor a Ulla, su amiga y exnovia, de raíces colombianas pero que había crecido en Finlandia, y quien le había pedido darle una oportunidad de trabajo a su compatriota. Siempre era bueno para la empresa alguien extranjero, ideas y pasiones nuevas. La mujer le había gustado a pesar de la torpeza y de su comportamiento tímido en la entrevista.

Tal vez demasiado.

Se terminó de vestir y salió al aparcamiento en busca de su automóvil. Inhaló con placer el aire frío de la noche mientras abría la puerta y se subía en el vehículo adaptado, con un asiento para el piloto de fácil movilidad, un espacio más amplio de lo normal para desplazar sus piernas y una adaptación del volante y del freno. Le quitó las ruedas a la silla RGK Elite, fuerte y con más estabilidad, que utilizaba para sus prácticas deportivas. Dobló el armazón y lo colocó, junto con los neumáticos, en el puesto del copiloto. Minutos después, se perdió entre la vasta llanura blanca rumbo a su piso, ubicado en Kruunuhaka, una zona residencial aledaña a su oficina. Antes había tenido un apartamento en Espoo, pero a raíz del accidente, lo había vendido y había comprado el actual por cuestiones prácticas, ya que quedaba a unas cuantas manzanas de su despacho.

Cuando llegara a casa, prepararía una deliciosa cena, la acompañaría con una buena copa de vino, pondría una agradable música de fondo y aplazaría sus inquietudes para el día siguiente.

Su corazón se enterneció ante la amable intención.

—Muchas gracias, Sanna, acepto encantado. —Una sonrisa suavizó sus facciones. Levantó la vista cuando Tommi regresó.

—Tienes una llamada de Londres —le informó su asistente.

Impaciente por continuar con su trabajo, quiso cortar, pero antes, con su natural caballerosidad, se aseguró de recompensarla por su invitación.

—Discúlpame, Sanna, debo colgar. Nos vemos el próximo viernes, entonces. Pasaré a por ti, y después del concierto te invito a cenar.

—Muy bien, guapo, nos vemos el viernes.

Cortó.

El resto del día, la mente de Mika se sumergió en el trabajo. No así su corazón, que de tanto en tanto le hablaba de un vacío que su mente no lograba descifrar. Se sintió tan frustrado y de tan mal humor que abandonó la oficina más temprano para descargar su tensión nadando en la piscina y recibiendo una relajante sesión de masaje terapéutico.

replegarse y no participar. Cada una preparó su comida y, cuando se sirvieron, ella se preparó un café para acompañarlas en la mesa.

Le dolía todo el cuerpo; no era para menos después del encuentro con Júpiter. También le dolía el corazón, pero no lo quería admitir. Cansada de escuchar no sabía qué sobre algo que había sucedido en el hospital donde Tiiia trabajaba como fisioterapeuta, terminó su café. Se levantó, les deseó buenas noches y se encaminó al baño para ducharse antes de irse a dormir.

Intentó relajar sus músculos bajo la fuerte presión del chorro de agua tibia. Estaba enjabonando su cuerpo cuando notó, horrorizada, la cantidad de cardenales en sus piernas y muslos, cortesía del perro. Dibujó una mueca. Uno más, uno menos, ¿qué importaba? Ya desaparecerían. Los que sí importaban eran los que estaban en su alma, esos que no podía ver, pero sí sentir. Sabía que tardarían en desaparecer, si es que alguna vez lo hacían.

Con desaliento, se secó con la toalla, se puso el pijama y se metió bajo la manta, olvidando que el mundo existía.

prácticas deportivas eran todo lo que quería y necesitaba. Nada más.

Volvió a la sala y presionó el mando a distancia. La melodía apasionada de un piano brotó de los altavoces; flotó con fuerza, cambiando el matiz de tristeza de la atmósfera por otro de energía. Se dirigió a la isla que conformaba la cocina, ubicada en el frente, y se inclinó para sacar una botella de vino tinto. Se sirvió una copa y se fue a por su ordenador, dispuesto a olvidar todo lo que lo aquejaba en el trabajo.

En los días siguientes, Mika Fischer se empeñó tanto en enterrar sus anhelos que Alejandra Díaz pasó a ser solo un trazo de sombras en sus recuerdos. Pero el viernes de la siguiente semana, un giro inesperado del destino, de esos que no ocurren todo el tiempo pero que tuercen de forma drástica el rumbo de una vida, aconteció.

Saborearon el café y el pastel en un apacible silencio, que Mika interrumpió unos minutos después con pesar.

—Debo regresar a la feria, mamá.

—Anda, vete; deja los platos ahí, que yo los recojo. —Lo siguió al recibidor y, una vez que Mika se puso el abrigo, se inclinó para besarlo—. Vuelve cuando quieras, cariño, y cuídate.

Impaciente por regresar a DekorHelsinki, Mika no vio la tristeza en los ojos de su madre.

—Será un placer. Es una forma de agradecerte por las molestias de tenerme aquí, y si la gata me ha dado el honor de confiar en mí, es lo menos que puedo hacer por ella.

Xisca no dijo nada, pero asintió con la cabeza. Luego soltó:

—Duquesa.

—¿Cómo?

—Su nombre es Duquesa.

—Duquesa... Me gusta.

Continuaron desayunando en un agradable silencio, pero en ningún momento lo miró o le sonrió; él sí, por supuesto, de reojo. Con desilusión, vio que ella se levantaba, se quitaba el batín y se lo entregaba. Y antes de dirigirse a la cocina, con los platos en la mano, le anunció:

—Me tengo que ir. Gracias por el desayuno..., por todo, y que lo pases bien.

Oyó que se duchaba y luego todos los ruidos que hizo. Supo que se vestía mientras él acomodaba el sofá y doblaba la manta que había usado; lo encontró tan personal que se turbó.

Minutos después, Xisca entró en la sala vestida con unos pantalones negros y una blusa blanca. El aroma de su champú lo inundó todo. Le pasó un papel y, con ese bonito acento español, le dijo:

—Aquí tienes, es un mapa de Helsinki. Que tengas un buen día.

Y lo dejó allí con el corazón acelerado.

—¿Ah, no? ¿Es que hay otra manera de que tu novio esté con otra mujer?

—Ocurrió solo una vez, y fue porque me sentía muy solo.

¿Lo había conocido alguna vez? No le importaban sus razones, ya no. Podía ser leal y tonta una vez, ¿pero dos veces?

No lo perdonaría. No quería escucharlo ni darle la oportunidad de que la envolviera y la confundiera, creándole dudas que la llevaran a perdonarlo, como había visto que hacían los novios de sus amigas. Se acabó. Con una fortaleza que no sabía que tenía, le espetó:

—No me importa si te sentías solo. Esto se acabó, Salomón. No quiero saber nada más de ti.

Y colgó.

Se hizo un ovillo en la cama y permaneció allí durante horas. Luego le mandó un mensaje a Samuel cancelando la cena con la excusa de que tenía que estudiar.

Oyó, como en un sueño, el sonido de la puerta al cerrarse. Mejor; sola podía llorar a sus anchas. Pero no fue capaz de verter ninguna lágrima. Tampoco pudo dormir.

Tiritando de frío, contempló cómo la claridad se prolongaba hasta bien entrada la tarde, y cuando por fin el cuarto se llenó de sombras, el mundo dejó de existir.

juzgar a una mujer llena de miedos y profundas heridas, que había crecido en una época y en un sistema patriarcal, obligada a convertirse en el ama de casa perfecta e infeliz? Nadie la había ayudado. Su propia madre, la abuela de Alejandra, había sido otra víctima de su esposo, y la única hermana que tuvo, su tía, escapó a Estados Unidos, salvándose ella, y nunca volvió. ¿Qué sabía Alejandra de lo que su madre podía o no podía afrontar? Nunca la escuchó rebelarse o quejarse. ¿Qué sabía ella de cuánto valor se requería para romper con las cadenas con tres hijos a cuestas?

Solo Dios sabía cuánto había intentado Alejandra ayudarla, llevársela con ella, pero su madre había vivido tantos años en una cárcel que, supuso, no estaba preparada para vivir fuera de esta. Entonces hizo lo único que podía hacer: salvarse a sí misma. Y con el paso de los años comprendió y perdonó. Perdonó a su abuelo, perdonó a su madre y aprendió a amarse a sí misma. Sí, porque era tanto el desdén y la frustración que sentía por el hecho de ser mujer que le había costado años valorarse y aceptarse.

Fatigada de tantos sentimientos y tantos recuerdos dolorosos, cogió los apuntes de la universidad e intentó estudiar mientras esperaba a su hermano para que la abrazara y para que — se despreció por ser tan cobarde— llamara y reconfortara a su madre.

De pronto, se acostó en la cama y permitió que el llanto sacudiera su pecho, una vez más.

decidieran.

—Apártate de mí, satanás, no quiero oír hablar de nada que me haga engordar. He tenido suficiente por hoy —declaró su compañera, para su desilusión.

Entonces, con un coraje que la sorprendió a ella misma, se oyó decir:

—Una taza de café con... con pastel en Tampere, por favor.

Mika la contempló con lo que le pareció un destello entre divertido y dulce y le sonrió.

—Ya escuchaste a la señorita, Kaisa; me temo que yo la secundo. Tomaremos café con pastel en Tampere. —Y le guiñó un ojo, dejándola tan temblorosa como la jalea de guayaba.

Cuando llegaron al automóvil, la directora de finanzas se ofreció a conducir el resto del trayecto, pero su jefe se negó. Empezaron el camino, y observó que mantenía siempre una velocidad moderada. Supuso que, debido a su discapacidad, tenía que ser cuidadoso con el control del vehículo.

Tras una hora y media de viaje, entre kilómetros y kilómetros de hermosos bosques, divisaron por fin un firmamento de aguas azules que abrazaban con cariño una moderna ciudad: Tampere.

Incómodo, se fijó en la expresión de Alejandra y creyó ver un ramalazo de inquietud en sus ojos. En vez de animarlo, no supo por qué, le molestó. No quería que presenciara su fragilidad, maldita sea. No quería que...

—No te preocupes, nada que una dosis de ibuprofeno no pueda remediar —respondió, más seco de lo que pretendía. Entregó la llave a cada uno y se fue a su cuarto sin mirar atrás, percibiendo, muy a su pesar, la mirada de las dos mujeres como una cálida lluvia sobre su espalda.

Minna soltó una carcajada.

—Todo saldrá bien, no te inquietes.

—Así lo espero. Él, más que nadie, merece ser feliz —dijo con rictus de tristeza.

Cuando Ulla y Alexander se marcharon, Minna se montó en la bicicleta con la imagen de su hermano en la cabeza. De pronto, lo visualizó enfadado, y su corazón saltó un tris, nervioso. Para darse ánimos se recordó que, por encima de todo, buscaba la felicidad de él, así que hizo a un lado sus resquemores y se concentró en cómo obligarlo a asistir a la cena sin que se enterara de que Alejandra también acudiría.

—Ah, ¿sí? De usted también habla. Supongo que es su maravilloso jefe.

—Samuel...

La carcajada de Mika sonó a regocijo puro.

A continuación, Xisca entró y miró el cuadro con cara de sorpresa, pero, reponiéndose, saludó:

—Hola otra vez. ¿Me recuerda?

—Por supuesto, la compañera de Alejandra. Encantado de volver a saludarte.

Xisca se quedó mirando la mano que Mika se negaba a soltar.

—¿Qué pasa, hay un *meeting* aquí? —Tiia entró en la cocina.

Alejandra gimió para sus adentros. Otra que se quedaba mirando los dedos asidos, pero solo dejó escapar un:

—¡Ah!

Mika extendió el otro brazo con cortesía.

—Mucho gusto, soy Mika. Tú debes de ser la otra compañera de Alejandra.

—Encantada. Tiia.

—¿Alguien quiere café? Este se ha recalentado —anunció Samuel.

—Ay. —Alejandra fue a comprobarlo, pero su hermano le dijo:

—Anda, vete, vete; yo preparo más.

Se dirigieron a la sala y se sentaron; Mika, con esa manera cordial y sofisticada que tenía de manejar un grupo, llevó la batuta de la conversación. Ella guardaba silencio, sintiendo que flotaba. Le parecía mentira lo que había sucedido; que se hubieran besado y que sus manos no se soltaran.

Poco después, entró Samuel con una bandeja y la colocó sobre la mesita del centro. Había café y varios bocadillos de leche que había traído de Colombia, y que Alejandra había guardado para un invitado o una invitada especial.

Después de servirles a las mujeres, su hermano le cedió una taza del humeante líquido a Mika, acompañado con uno de los dulces.

—Esto es muy popular en mi país. Está elaborado con leche, azúcar y coco.

Mika lo probó.

—Hummm, está muy bueno.

Se quedó hasta entrada la noche, mostrándose alegre y abierto con todos. Para satisfacción de Alejandra, Samuel y él parecieron entenderse muy bien. Se desilusionó cuando anunció que era hora de retirarse, pero lo acompañó abajo sin una protesta.

Fuera, el viento refrescó su corazón, que ardía. Se sentía tan infinitamente completa que tuvo miedo. Contempló cómo él se acomodaba en el asiento y lo ayudó a guardar la silla de ruedas. De pronto, se miraron con timidez. Él la acercó y la sentó con cuidado sobre su regazo.

—¿Nos vemos mañana? ¿Quieres pasar el día conmigo? —le preguntó mientras aproximaba la nariz a sus mejillas, olisqueándola y acariciándola por todo el camino hasta su cuello. Ascendió despacio y, con infinita delicadeza, tomó sus labios. Por unos minutos, solo se escuchó el batir del viento, el leve sonido de un coche circulando a lo lejos y las voces de un grupo de jóvenes que iban a disfrutar de la noche.

—Sí, me encantaría pasar el día contigo —murmuró Alejandra, sintiendo el volante a un costado y, en el otro, los fuertes latidos del corazón de Mika. Se estremeció. Respiró con placer su aroma; todo el automóvil olía a él.

—Podríamos almorzar en Tallin. ¿Te gustaría? ¿La conoces? —Mika apoyó su frente sobre la de ella.

—Sí, fui una vez, pero me gustaría volver... contigo. —Le sonrió con candorosa ilusión.

de ti? Quizá puedas disfrutar por fin la relación que siempre has anhelado.

—Ya veremos. —Alejandra tuvo la sensación de que su hermano le ocultaba algo, pero no quiso presionarlo. Ya hablaría cuando estuviera listo—. Ven acá, déjame abrazarte. Celebremos que el amor ha llegado de nuevo a tu vida. Me cae bien tu Mika, y deseo con todo mi corazón que te vaya muy bien, te lo mereces. —La besó, cariñoso.

Siguieron conversando durante media hora. Alejandra, sintiéndose libre por fin para expresar todo lo que sentía por Mika, no paró de hablar.

Sus esperanzas, sus expectativas se deslizaron entre las alas blancas de la noche como una silenciosa promesa de amor.

Después de que Samuel se fuera, antes de cerrar los ojos, el sonido de su *smartphone* la sorprendió. Era un mensaje de Mika. La hizo sonreír enamorada, pues estaba en español:

Hasta mañana, amor mío.

perdersen en sus ojos. Sus mejillas, como fresas maduras, se distendieron en una sonrisa a la vez que pasaba un brazo alrededor de su nuca y presionaba su mejilla contra la de él. Su otra mano tomó la foto con el *smartphone*. Sin poder evitarlo, Mika enterró su nariz en su cuello, aspirando con pasión su aroma y besándola.

—No, así no se vale —la oyó decir.

—¿Ah, no?

—Tienes que quitarte las gafas y mostrar tu rostro a la cámara.

—¿Así? —Se quitó las gafas y encontró sus ojos. Supo que los suyos gritaban que se la quería comer porque ella se sonrojó profundamente. Con el pecho sobrecargado de ternura, la besó con fuerza. Saboreó sus labios, olvidándose de los turistas que los rodeaban, hasta que el camarero les trajo las bebidas. Alejandra se apresuró a levantarse, y él reprimió la risa para no avergonzarla más.

Tras tomar las bebidas, retomaron su deambular por la plaza. Se detuvieron a observar la hermosa construcción del ayuntamiento, el único de estilo gótico del norte de Europa, que databa del año 1402. Destacaba su magnífica torre, de sesenta y cuatro metros de altura, rematada con una veleta en forma de guerrero y un par de gárgolas en forma de dragón, realizadas en el siglo XVII. Desde ahí, se adentraron por un laberinto de callejuelas hasta llegar al mercadillo Müürivahe, que ofrecía prendas de lana con los diseños tradicionales de las diferentes regiones de Estonia. Vio que Alejandra tomaba un par de mitones, pero después los devolvió sin decir nada.

—¿Te gustan?

—Bueno..., tengo muchos. No necesito otros, solo curioseaba.

—¿Me ayudarías a escoger unos para mi madre y otros para Minna?

Sonrió relajada y escogió un par de guantes azules y otro par de color rojo.

—¿Cuáles te gustan más?

—Los azules.

Mika cogió otro par de los azules para ella, añadió tres bufandas a su gusto y pagó. No quería agobiarla a regalos, pero Tallin era para eso, para comprar artículos bonitos, y conociendo como conocía a las mujeres, especialmente a sus chicas, sabía que las prendas hermosas las ilusionaban. Entendía que entre los dos no había la confianza suficiente, pero deseaba agasajarla.

Quería echarla a perder, la verdad.

Colgó los paquetes en el respaldo de su silla y continuaron.

—¿Estás cansado?

—No, señorita. Soy un buen deportista, no te preocupes por mi estado físico. Además —miró su reloj—, pronto almorzaremos. He reservado una mesa en Olde Hansa. Es un restaurante que ofrece comida local con un toque medieval. ¿Tienes hambre?

—Sí, muchísima.

Unos veinte minutos después, llegaron a la entrada principal de Olde Hansa. Tras superar un pequeño saliente sin importancia, pudo pasar al interior. El recinto, muy oscuro, estaba iluminado por cientos de velas artificiales, que dispersaban una tenue atmósfera con aire feudal. Las mesas y los asientos rústicos de madera; los camareros, con atuendos de la época, y el aroma a pan recién horneado y a estofado caliente acabaron por transportarlos completamente al pasado.

Una rubia muy sonriente se acercó con el menú y esperó con paciencia a que decidieran lo que querían beber.

—Te aconsejo probar la cerveza negra con miel.

—Pues esa.

Cansados, vieron el vehículo al que Mika había llamado estacionado a unos cien metros de las murallas. Se montaron, y unos minutos más tarde, se detuvo en una tienda, donde compraron los licores que Mika le había prometido, para después continuar en dirección al puerto. Abordaron el barco y, en menos de dos horas, avistaron la ciudad de Helsinki. Allí, otro taxi los esperaba. Se subieron, y cuando Alejandra se dio cuenta, estaba aparcando enfrente de su piso.

Antes de bajarse, le preguntó:

—¿No sientes dolor?

—No, ni pizca. Nos vemos mañana, amor mío. —Buscó sus labios.

—Kaunita uni.

Mika rio.

—*Kauniita unia*, para ti también.

La besó una vez más y dejó que descendiera del automóvil con todos sus regalos. Pero antes de que cerrara la puerta, ella extendió el brazo y le entregó el cuadro.

—¿Qué es?

—Un regalo. —Le sonrió con timidez.

Se alejó, no sin antes percatarse, satisfecha, del brillo de felicidad en su rostro mientras miraba el envoltorio.

CAPÍTULO 31

Las siguientes tres semanas fueron días plenos de descubrimientos para Mika. Su vida transcurría entre el abundante trabajo que tenía como director y la exploración de aquel periodo dulce y lleno de magia que vivía con Alejandra. La llevaba a cenar, a museos, a exposiciones de arte y a las veladas a las que él tenía que acudir por compromisos laborales. Lo invadía un irracional orgullo al presentarla como su novia. Cada momento que compartían era un hallazgo de sus expresiones, de sus gustos, de sus pensamientos, de sus ideas acerca del mundo e incluso acerca de la religión. Descubrió que la fe católica que ella profesaba era una convicción profunda y viva en su alma, y para un agnóstico como él, se le antojaba un ideal incomprensible y al mismo tiempo maravilloso.

Conocía el sabor de su boca tanto como el suyo propio, el aroma de su piel, de su pelo, que, estaba seguro, reconocería entre miles de mujeres con los ojos cerrados.

Era una mujer muy alegre y expresiva. Suponía que aquel era un comportamiento intrínseco a su origen, porque en una ocasión habían cenado con Samuel y ambos lo habían divertido con su forma abierta y alborozada de relacionarse. Las amorosas caricias y la consideración que le demostraba su novia sobrecogían su sensible corazón. Jamás se había sentido tan querido y tan deseado, tanto que a veces temía despertarse y encontrarse con que todo había sido un mero espejismo.

Durante las horas de oficina, bajaba al *ateljee* y, con disimulo, la rondaba, rozándola o enviándole con los ojos mensajes cargados de ardor y ternura. Le mandaba notas de amor por el móvil o le dejaba flores en el escritorio. Y cuando se cruzaban en los pasillos, contenía apenas el anhelo de sentarla en su regazo y de besar sus labios, saludándola con un seco «buenos días» o interrogándola con una acartonada frase: «¿Todo bien?». La tensión sexual que fluía entre los dos era tan intensa que temía que todos en la empresa la palparan. No le preocupaba que sus colegas estuvieran al tanto de su relación, pero cualquier demostración afectiva delante de ellos le hacía sentir un extraño pudor. Quizá era debido a la reserva con que todos los finlandeses manejaban sus asuntos personales.

Deseaba estar con Alejandra de la manera más íntima posible, pero al mismo tiempo lo aterraba dar ese paso. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si no salía como esperaba? ¿Y si la defraudaba? Su ansiedad era tal que las expectativas negativas dominaban a las positivas, dejándolo tenso y cansado. Sí, de acuerdo, era un cobarde patético, pero deseaba mantenerse en aquella oleada de magia por la que su relación atravesaba. También deseaba que la pasión con que ella lo miraba no menguara.

Su hermana y su madre estaban al tanto de su relación. Minna, encantada, no dejaba de recordarle que le debía esa felicidad. En cuanto a su progenitora, esperaba con impaciencia el momento oportuno para invitarlos a cenar.

En la última semana de junio, un domingo, llegó Mr. Adamson, el representante legal del consorcio de hoteles que deseaba que *art & viiva* amueblara los salones y las habitaciones de lujo de su nuevo hotel. Fuera de almorzar y de cenar con él, durante tres días había tenido que escoltarlo por todo Helsinki. Como no había podido estar con su novia todo lo que hubiera querido, el miércoles fue a buscarla. El golpeteo de dedos sobre los teclados armonizaba con el siseo que emitían los suyos al propulsar las ruedas de la silla. Entró en el amplio salón, pero no la encontró en su cubículo. Dio la vuelta y se dirigió al *ateljee*. Tampoco estaba ahí. Torció en dirección a la oficina de Matti y, cuando avanzaba por el largo corredor, la vio venir. Se detuvo y

Tomado por sorpresa, Mika quiso ahondar el beso, sin importarle que su colega los observara, pero ya no tenía tiempo, así que, con desgana, la soltó.

Al final del día, concretó y ensambló cada uno de los acuerdos y compromisos que la empresa adquiriría. Uno de ellos era que, a mediados de julio, su grupo de diseñadores viajaría con él a Reikiavik para analizar todos los salones y habitaciones que amueblarían.

Eran las ocho de la noche cuando iba rumbo al aeropuerto para dejar y despedir a su nuevo cliente. Una franja densa de nubes cubría la luz del sol, y el soplo del viento levantaba remolinos que jugaban con los cabellos de los transeúntes por las calles. Dejó atrás la zona urbana de Helsinki y entró en la monótona vía a Vantaa. Unos cuarenta minutos después, llegó a su destino y, con un fuerte apretón de manos, le deseó un buen viaje a Adamson.

De regreso a la capital, repasó todo lo que la firma esperaba de los diseños de *art & viiva*. La elegancia y la calidez debían imperar, complementadas con cierto carácter sobrio. Esa había sido la razón por la que el grupo había escogido a su empresa. No querían enseres artificiosos ni extravagantes.

Pensó en la comitiva que lo acompañaría a Islandia: Matti y sus dos asistentes. Su novia ya había sido ascendida y, como Ville, se había convertido en la mano derecha del arquitecto. En vista de la demanda del reciente proyecto, se requeriría del trabajo de otro creador, lo cual le allanaba el camino para llevarse a Alejandra con él, porque no estaba dispuesto a prescindir de su presencia tanto tiempo, al menos no en esa etapa de su relación.

Cansado, pero consciente de los cuidados que debía prodigar a su cuerpo, se dirigió al gimnasio para trabajar con las pesas y las máquinas durante una hora.

—Sí, muchas gracias.

—Cualquier cosa que no tenga alcohol para mí, mamá. —Le entregó la botella de vino blanco que había llevado—. Ven, déjame ayudarte.

—Puedo sola; anda, muéstrale todo a tu novia. —Le guiñó un ojo.

Mika la condujo en un *tour* por toda la casa.

—¿Aquí creciste?

—No, esta casa la compró mi madre después del divorcio.

Se divirtió mirando las fotos de su novio de cuando era niño; una en la que lucía una gorra blanca que, según le explicó, se lograba al terminar el bachillerato. Había varias esquiando con su padre, con montañas blancas a su espalda. Se lo veía tan sonriente, tan intrépido y tan lleno de vida que sintió una punzada dolorosa en el corazón.

Sirpa regresó y, con las bebidas en la mano, los escoltó afuera. Avanzaron por un caminito adoquinado y bien cuidado que serpenteaba por todos los rincones del jardín trasero. Se dio cuenta de que tanto la casa como el vergel estaban adecuados para que Mika se desplazara en la silla de ruedas sin dificultad. Una parte de ese bosque quedaba a la intemperie, y la otra, encerrada en un invernadero. Ambos guardaron silencio mientras Sirpa le nombraba los diferentes tipos de flores, de hierbas y de árboles frutales que cultivaba. Eran tantos colores y aromas juntos que terminó mareada. En lo alto, el sol brillaba todavía con fuerza, y la serenidad del cielo extendía sus brazos azules hasta el infinito sin que nube alguna los obstaculizara. Alejandra llenó sus pulmones de aire puro al tiempo que sentía un dedo de Mika rozando los suyos. Con timidez, lo asió.

Cuando entraron a la casa, jugueteó, la sentó sobre su regazo y la llevó hasta el comedor; antes de dejar que se levantara, le robó un apasionado beso. Sonrojada, encontró los ojos de su suegra inundados de lágrimas. Le sonrió con ternura, comprendiendo que para aquella madre no debía de haber sido fácil sobrellevar el accidente de su hijo.

Durante la velada, Sirpa compartió con ella miles de anécdotas sobre la niñez de Mika: sus travesuras y las de Minna. Le habló también del pasado, cuando el abuelo de Mika había ido a la guerra, y todas las dificultades y penurias por las que los finlandeses habían pasado en aquella época. Le explicó cómo las mujeres, en ausencia de los hombres, tuvieron que tomar las riendas de las granjas y de las fábricas para luchar por el bienestar de sus hijos. Aquello las había empoderado tanto que, una vez que sus compañeros regresaron, continuaron formando parte de la mano de obra del país, lo que, sin duda, contribuyó a que en ese momento ambos sexos gozaran de igualdad en derechos.

—Finlandia fue el primer país de Europa en permitir el voto a las mujeres, cariño —le aclaró Sirpa—. La idea inicial era que todos: mujeres, hombres, clase trabajadora y clase pudiente, tuvieran el derecho a opinar, pero eso dio pie para que después eligiéramos a la primera mujer parlamentaria en el mundo —concluyó con orgullo.

Alejandra escuchó y absorbió todo con gran interés. La madre de su novio se le antojaba fuerte, decidida e independiente. Lo más curioso fue constatar que, a pesar de estar divorciada, se refería a su exesposo con bastante aprecio. Los gestos, la voz, los modales de aquella mujer eran tan pausados que se sintió arrullada por el ir y venir de unas suaves olas. Pudo entonces vislumbrar con cuánto amor y paz había crecido Mika. No era extraño, pues, que fuera un hombre seguro de sí mismo, equilibrado y amoroso.

llegó ante el portón de madera, el corazón le aporreaba como un batallón militar. Pulsó el timbre.

Esperó.

Llevaba un mes inventando excusas para charlar con ella como un amigo, pero era hora de avanzar.

El silencio tejía nudos en su estómago. Estaba seguro de que se encontraba en el apartamento; no salía mucho, ni los sábados ni los domingos, lo cual lo aliviaba, porque le daba la certeza de que no había nadie especial en su vida. Iba a llamar al timbre otra vez cuando escuchó la suavidad de unos pasos que se acercaban... La puerta se abrió.

—¡Buenos días, Xisca!

Sabía que su sonrisa resplandecía, pero esperaba que los labios no le temblaran.

—¿Puedo pasar? —Sin darle tiempo a recuperarse de la sorpresa y que dijera que no, como había hecho varias veces cuando Tiia no estaba, la apartó a un lado con suavidad y entró. Rápido, le mostró el Molly Balon—. Simpático, ¿verdad? Lo compré para ti. Es un pez fácil de cuidar: sociable, juguetón y vive más de tres años, solo o acompañado, y... —El flujo de palabras le salía de forma atropellada, pero era de esperarse, ¿no? Le entregó el acuario y, mientras ella miraba al pez, aspiró con placer el aroma a fresa de su champú.

Finalmente, levantó sus ojos verdes hacia él.

—Muchas gracias... No sé qué decir.

—Solo di que te quedarás con él. —En ese momento, *Duquesa* llegó y le pasó el lomo por el pantalón. Se inclinó y la alzó—. ¿Y cómo está mi niña bonita hoy? —La gata maulló, coqueta, y Samuel la dejó en el suelo—. Es un lindo día, ¿lo has visto?

Sin esperar respuesta, Samuel se quitó los zapatos y se acomodó en uno de los sillones de la sala. Se atrevió a mirarla a los ojos y leyó confusión y vergüenza en ellos. Suponía que era porque estaban solos o... ¿sería por él? Una pizca de placer lo invadió.

—¿Me invitas a un café? Yo lo preparo mientras tú te arreglas. Quiero decir... —Su rostro se encendió—. Estás muy bonita como estás, pero ponte algo para que vayamos a Suomenlinna, como me prometiste. —El calor en su rostro lo delataba por mentir tan descaradamente, pero presionarla era su nueva táctica—. ¿No te acuerdas? Me dijiste que en verano me mostrarías el lugar, y aquí estoy, esperando a que cumplas.

—Sí, sí. —Xisca carraspeó—. Pero yo... —Se mordió el labio inferior, como hacía siempre que estaba nerviosa. Sí, sí, sí, lo había notado. Sabía todo sobre ella. Bueno, al menos lo que le había permitido conocer y lo que le contaba Alejandra.

—Podemos ir en mi auto hasta el centro, dejarlo estacionado allí y tomar el *ferry*. Si quieres, podemos almorzar en Suomenlinna, o podemos comprar algo para llevar con nosotros; como tú prefieras. Prepararé café mientras te alistas. —Y sin darle tiempo a responder, se levantó y se encaminó a la cocina.

Llenó con agua el tanque de la cafetera y colocó café para dos en el portafiltro mientras escuchaba el ruido de la ducha, y sonrió con el corazón encaramado en el último andamio.

Iría con él.

Una hora después, iban en el *ferry* rumbo a la isla de Suomenlinna, que, según le había explicado su hermana, era una fortaleza digna de ver. Se había informado de que había sido construida por los suecos para protegerse del expansionismo ruso en los tiempos en que Finlandia pertenecía a aquel país. En esos momentos, era considerada un barrio de la ciudad de Helsinki. El acceso era fácil. Cada quince minutos, iba y venía un *ferry*.

Recostado sobre la barandilla del barco, contemplaba cómo la brisa agitaba aquellos cabellos del color del sorgo maduro que crecía en su tierra. Quiso acercarse y perderse en su textura. No

la pudo observar mejor.

Una vez que se apearon, Samuel hizo ademán de dirigirse al edificio.

—Vamos a mirar qué hay en el interior.

Xisca señaló una especie de túnel en medio de la edificación.

—No vale la pena entrar. Solo hay una vieja cafetería y unos baños públicos; mejor vamos por ahí.

—Muy bien, te sigo. —Se arrimó a ella, rozando su blusa verde sin mangas. La brisa era fría a pesar del sol, pero él llevaba una chaqueta liviana anudada a su cintura, en caso de necesitarla—. ¿Tienes frío? ¿Quieres mi chaqueta?

—No, gracias. —Sonrió—. Con la caminata entraremos en calor.

Avanzaron durante diez minutos hasta llegar a una especie de castillo que, según Xisca, durante la guerra civil finlandesa se había empleado como campo de prisioneros. Inspeccionaron las silenciosas y abandonadas celdas de piedra, y las dejaron atrás para cruzar un puente con vallas de madera blanca que colgaba sobre las aguas verde-azules de un lago. Se detuvieron en el centro para observar el grupo de patos silvestres que enseñaban a nadar a sus crías. Samuel extendió sus brazos y, con suma delicadeza, le quitó las gafas para perderse en esos hermosos ojos verdes. Notó su confusión y... ¿miedo? Un acuciante anhelo de protegerla lo hizo asegurarle con dulzura:

—Solo quiero tomarte una foto sin las gafas. Si me lo permites, por supuesto.

Cuando ella asintió, guardó las gafas en el bolsillo de su camisa y se retiró al otro extremo de la valla. Le tomó una foto y después, aprovechando que pasaba un grupo de turistas, detuvo a uno de ellos y le pidió que sacara una foto de los dos. Decidido, volvió a ella y le colocó un brazo sobre los hombros, acercándola a su torso. Sintió que se relajaba, y juraría que buscó la calidez de su cuerpo. Le agradeció al hombre y le devolvió las gafas a Xisca.

Prosiguieron el camino en un agradable silencio. Ascendieron por un montículo en cuya cima encontraron varios cañones que vigilaban el horizonte. El océano se fundía con el cielo y, pendiente abajo, se expandía una alfombra de florecillas amarillas que besaban el regazo de una playa de arena oscura.

—Hermoso, ¿verdad?

Xisca sonrió por respuesta.

Durante una hora se dedicaron a visitar los museos y tiendas de la isla. Uno de los museos era un submarino de la segunda guerra mundial, y otro, el que pareció llamar la atención de ella, acogía una exposición de juguetes antiguos. Samuel pagó las entradas y, cuando salieron, al ver que se interesaba por algunas postales de los juguetes, sacó su billetera.

—Permíteme. —Y pagó.

Al lado de la caja había un mostrador con toda una maravillosa exhibición de pasteles de sal y de dulce, su debilidad...

—¿Quieres café con pastel? ¿O prefieres que busquemos un sitio donde almorzar? —No podía apartar sus ojos de los pasteles. Ella rio divertida.

—Creo que tus ojos han decidido.

—Lo siento, me encanta todo lo dulce. —Hizo una mueca.

—Lo sé.

¿Ah, sí? Se emocionó.

Pidieron dos tazas de café; ella escogió un quiche con tomate y queso de cabra, y Samuel, un pastel de chocolate. Se acomodaron en una de las mesas, vestida con un delicado mantel de encaje blanco que le hizo sentir que tomaba el té en una cafetería del siglo XVIII. Charlaron en íntima armonía de todo un poco. Xisca le habló sobre su familia sin restricciones. Le contó anécdotas

sobre sus cuatro hermanos, quienes, por ser la única mujer, la habían malcriado. Con un aire de nostalgia, le dijo que sus padres se habían querido desde niños.

—Debe de ser muy bonito crecer junto a unos padres que se han amado toda la vida.

—Sí, lo es.

—¿Y tus hermanos están casados?

—Dos; los otros dos viven con sus novias.

—Debes de extrañar mucho a tu familia.

—Sí, pero me gusta vivir aquí; al principio no... El frío y la oscuridad me resultaban muy duros, pero con el tiempo me acostumbré, y... —se rio— me gusta mucho mi trabajo.

Tembló. Dudó. Pero no pudo evitar preguntarle:

—¿Y no hay nadie que haya captado la atención de tu corazón?

Sus grandes ojos verdes lo miraron con fijeza, y Samuel se sonrojó.

—¿Debería gustarme alguien?

—¿Por qué no? Eres una mujer hermosa, y me imagino que hay una cola de hombres disputándose conquistarte.

Sonrió y, con un tono coqueto, le dijo:

—Puede —sus ojos brillaron—, pero mi corazón es caprichoso.

Todo Samuel quedó hecho un guiñapo con aquella mirada.

CAPÍTULO 34

El aroma a café, a pastel y a mar, y la alegría del verano, que entraba a raudales por las ventanas de la cafetería, se conjugaban con el aroma a sándalo de la loción de Samuel, perturbando sus emociones. Sus ojos negros y su sonrisa la embriagaban. Esa sonrisa que hacía que su rostro resplandeciera como si todo el sol del Mediterráneo brillara en él. Hacía cuatro meses que lo conocía y que su corazón lo seguía. Poco a poco. Al principio pensó que la relación entre él y Tiia había derivado en algo serio, pero se había dado cuenta de que su amiga había retomado la compañía de su antiguo grupo. Sin embargo, una parte de ella se resistía a sucumbir. No quería enamorarse otra vez. Hasta había aceptado algunas invitaciones a cenar de un compañero con el anhelo de olvidar a Samuel. No lo había logrado. ¿Cómo podía? Si su asiduo visitante aparecía en todo momento. Y cada vez que tenía una oportunidad, la había invitado a salir junto con Tiia. Por supuesto, ella no había aceptado.

En una ocasión, después de tanta insistencia, había claudicado porque pensó que, si lo veía como a un buen amigo, la atracción que sentía por él se esfumaría, pero, tonta de ella, se había equivocado. Su simpatía y su ternura la habían ganado. Era un hombre sensible y muy inteligente; todo un caballero, tanto que a veces le parecía salido de las películas de los años cuarenta.

Aquella mañana la había sorprendido cuando se presentó ante su puerta, y tuvo que reconocer que la había emocionado. ¡Un pececito de regalo! Era lo que más le gustaba de él, lo detallista que era. Bollos de canela, panes y flores para Tiia, Alejandra y ella cada vez que las visitaba. Acumulaban en el piso una exagerada cantidad de macetas, que ninguna tenía tiempo de cuidar, pero que tampoco habían tenido el valor de rechazar. Una noche había aparecido con un CD de salsa y lo había puesto mientras les preparaba comida colombiana. Tras la cena, las había sacado a bailar a todas. La había sorprendido ver a aquel hombre tímido transformado en un desenvuelto bailarín. Aquella noche había tenido que aceptar lo profundo de sus sentimientos por él y sintió mucho miedo. A partir de ese momento, había inventado todo tipo de excusas para alejarse.

Sin embargo, a pesar de lo que se decía a sí misma, aquel año no había ido a España en vacaciones, como hacía desde que vivía en Finlandia. Se había repetido hasta el cansancio que quería obligar a sus padres a visitarla, pero lo cierto era que no quería dejar de tropezarse con Samuel. Y allí estaba... con un pedazo de su alma en ascuas, esperando a ser defraudada otra vez. Sabía qué hacía mal. El pasado era el pasado y debía pasar página, pero era como si esa otra parte de ella, esa que se había congelado cuando Juan la dejó, no pudiera fundirse. A veces la asustaba observarse y encontrar tanta frialdad.

¿Acaso el adiós de su exnovio le había hecho un daño irreparable?

Sí.

Y lo que más le dolía era comprender que había sido por su culpa. Sí, no había sido lo suficientemente inteligente para protegerse del egoísmo de Juan. Había confiado a ciegas en él, y no quería volver a confiar así en nadie otra vez.

«¿Y te vas a quedar soltera y sola toda la vida?».

No lo sabía.

Lo único que sabía era que los ojos negros de Samuel la buscaban con tanto calor, con tanta ternura que, al menos ese día, su resistencia disminuía. ¿Qué podía pasar en una tarde?

Por lo visto, mucho.

Tras recorrer toda la isla, tomaron el *ferry* de regreso, y una vez que llegaron al centro, Samuel

la invitó a comer. Escogieron un restaurante de comida vietnamita, una gastronomía novedosa para los dos. Pidieron un bol con verduras frescas, fideos de pasta de arroz, pollo y especias. Y entre bocado y bocado, Xisca disfrutó del irónico sentido del humor de su acompañante cuando le explicó, sin tapujos, cosas sobre la realidad social y política de Colombia. Le habló sobre sus planes para el futuro y sobre su familia. Percibió cierta tensión en él cuando mencionó a su abuelo. Después de un largo titubeo, le confesó que las diferencias de carácter entre ellos los habían distanciado.

Cuando terminaron la comida, pasearon por Esplanadi, muy juntos. Una infinita alegría la inundó al sentir la tersura del viento, el sonido de su risa y la sensación de seguridad que le inspiraba. La mano de Samuel estaba tan cerca que la necesidad de entrelazarla con la de ella fue como un hormigueo permanente en todo su cuerpo. Todo sucedía muy deprisa. Lo conocía hacía cuatro meses y...

«Con Juan llevabas toda una vida y mira lo que pasó».

¿Era el tiempo una variable determinante para conocer bien a una persona? ¿O lo era la madurez con que la mirabas?

Lo llevó a su piso, y después de aparcar el coche frente al edificio, se quedaron mirándose en silencio. Quería invitarlo a pasar, pero sabía lo peligroso que podía ser. No estaba lista para subir otro peldaño. ¿O sí? Sus manos estaban heladas. No se sentía segura de nada, pero fue él quien decidió. Abrió la guantera, sacó una bolsa y le dijo:

—Te acompaño; te mostraré qué y cómo le puedes dar de comer a tu pez. —Señaló el paquete.

Subieron callados mientras corrientes de dulzura, ansiedad y deseos fluían entre los dos y se esparcían por todo el cubículo del ascensor. Cuando llegaron, se sorprendió a sí misma al preguntarle:

—¿Te gustaría una copa de vino?

—Me encantaría.

Le dio a escoger entre un vino moscatel o un rioja que había guardado para una ocasión especial. Escogió el rioja, y mientras lo destapaba, sentía su presencia cerca de ella. Demasiado cerca. Abrumada, lo instó a seguirla al salón.

En la modesta estancia se sentaron uno al lado del otro, y después de entrechocar con suavidad las copas y de brindar con un: «¡Salud!», guardaron un opresivo silencio.

Contempló cómo, después de dos sorbos, Samuel dejaba el cristal sobre la mesa y buscaba sus ojos. La miró con tanta pasión que su corazón enloqueció; no sabía decir cuál era la emoción que la dominaba, si el miedo o la alegría. Él se inclinó. Iba a besarla, pero, sorprendida, sintió la yema de sus dedos, suaves como el aleteo de un pájaro; dulces y tibios como una mañana soleada, acariciando su boca, pidiéndole permiso.

Todo su ser lloró de anhelo.

Anhelaba ser amada y deseada.

El beso llegó con un sabor a menta, a vino y a cosas buenas. Una deliciosa sensualidad, combinada con una olvidada añoranza, la recorrió. Se estremeció. Se dejó llevar. Saboreó cada rincón de su boca y permitió que él saboreara la suya. Sus lenguas se descubrían y se enardecían. Las manos de Samuel, inseguras al principio pero firmes después, la acariciaron toda. Sus dedos caminaron por su espalda como chispas de energía, estrechándola contra él. Los de Xisca buscaron los latidos de su corazón a través de la camisa y temblaron con su ritmo. El aroma masculino nubló sus sentidos. La transportó a lugares exóticos, verdes. Su boca la abandonó y una cascada de besos cayó sobre su rostro, pero cuando fueron descendiendo por su cuello y acariciaron sus senos, un ramalazo de angustia la asaltó. Si se dejaba llevar, aquel no sería un

mientras me ayudas a quitarme los pantalones.

Con torpeza, cuatro manos acomodaron los mullidos cojines detrás de su cabeza. Luego dejó que aquella exótica mujer besara y moldeara todos y cada uno de los músculos de su cuerpo a medida que le bajaba los pantalones. La contempló observar su pene, tímida al principio y con seguridad después. Sus labios lo acariciaron con reverencia. Así lo sintió él. Y este se irguió, lo poco que podía. Las imágenes de ella besándolo y saboreándolo eran tan lujuriosas que creyó que perdería el conocimiento. La vibración directa de sus pieles, de sus propios aromas, de contemplarse en su mirada, de compartir sus alientos y el gusto de sus bocas, de sentir aquel hormigueo que le producían sus labios al recorrerlo, de sus dedos cuando tironeaban de sus cabellos y de la visión de su boca saboreándole el pene arrastró a su mente a un océano de placer que exaltó todos sus sentidos.

El mundo giraba, se movía y palpitaba, como aquel sentimiento cristalino que fluía en su alma; como la corriente de un río, que arrasaba todo lo que había a su paso hasta desembocar con toda su energía y su fuerza en un mar de sentimientos nutridos por ella. Se ahogaba en la emoción. Experimentaba unas ganas inmensas de gritar, como si experimentara un orgasmo físico. ¡Estaba con la mujer a la que amaba!, y esa necesidad de intimidad tan anhelada al fin era colmada.

Temblaba de forma visible. Quería remontar el horizonte. Aquel orgasmo era una inmersión metafísica que su alma producía en su mente. Toda su sangre bailaba y todos los poros de su cuerpo respiraban vida. El mundo fuera emitía vida. Las cortinas danzaban, la noche se dormía con su mejor sonrisa, el aire frío del mar despedía volutas de calor, y cada mueble inmóvil dentro de aquel cuarto también lo sentía. Nada podía permanecer impávido al percibir todo el amor desbordante que Mika recibía y devolvía.

Perdido durante varios minutos en su orgasmo emocional, volvió a la tierra poco a poco. Abrió los ojos y encontró los de ella, ansiosos y expectantes. Quiso decirle que la adoraba, pero no encontró su voz. Aquel momento no podía ser real. Comprendió que hacer el amor adquiriría una infinidad de significados, y que todos esos detalles físicos: sentir cosquillas en el estómago, el palpito acelerado del pulso y la indiscernible sensación de caída libre al ascender la cumbre de la pasión, podían compararse al estado en que su corazón y su alma se hallaban en aquel momento. Se sintió tan poderoso, tan en plenitud que le sonrió con toda esa felicidad depositada en su boca.

encantaba. Con el corazón henchido de ternura, se dedicó a mimarlo ahí, una y otra vez. Recorrió a besos sus brazos, su vientre, trazando elipses y círculos hasta llegar a sus caderas. Se atrevió a abrirle el cierre de los pantalones y, ante su evidente ansiedad, se detuvo. Ansiosa también, decidió quitarse sus bragas primero. No se le ocurrió qué más hacer para tranquilizarlo. Temblorosa, se expuso a su mirada hasta que Mika, con la respiración entrecortada, le pidió ayuda para bajárselos. Los empujó torpemente por sus piernas inertes al tiempo que delineaba con la boca cada músculo que descubría. Sabía que él no podía sentirla, pero quería que la viera hacerlo.

Ahogada en un océano de dulzura y pasión, sus labios ascendieron, dudando al principio, pero luego con audacia, hasta rozar su pene con reverencia. Temía lastimarlo. Sin embargo, cuando notó sus ojos nublados por la lujuria, comprendió que le gustaba. Fue indescriptible contemplar cómo la piel de su rostro enrojece, abstraído en el placer que cada caricia de ella le producía. Segura de lo que hacía, saboreó su protuberancia y después, con cuidado, se deslizó sobre su cuerpo, tan femenina, tan consciente de su poder como mujer que percibió cómo su ser florecía igual que un girasol ante la luz, abriendo sus pétalos y emanando su fragancia. Como la mujer que había estado destinada a ser, pero que ningún hombre antes había podido descubrir.

Minutos después, cuando la respiración de Mika se transformó en unos pausados jadeos, con el placer aún en su rostro, lo vio erguirse de costado y serpentear poco a poco hasta quedar encima de su torso. Anhelante, Alejandra abrió las piernas, acomodándolo con torpeza en su pelvis. Los ojos de Mika brillaron como apatitas azules antes de inclinarse y besarla con brusquedad, como si quisiera fundirla contra él. Después, se incorporó y, con sensualidad, le pidió que se colocara una de las almohadas detrás de la nuca. Se inclinó sobre ella; lo sintió mimar y estimular sus pezones con la boca hasta dejárselos firmes y erguidos. Con adoración, así lo sintió Alejandra, fue desgranando un rosario de besos hasta sus inquietos muslos.

Se estremeció casi con dolor cuando él olió el palpitante de su deseo. Su respiración se interrumpió y corrió desahogada cuando sintió el primer contacto de su boca. A pesar de que lo ansiaba, no pudo evitar sentir vergüenza ante aquella ráfaga de placer y, con un quejido de angustia, intentó apartarlo, pero Mika se negó a ser desalojado. Silencioso, con una abrasadora determinación, buscó su vulva y la exploró. La avidez con que la lamía y la chupaba la sorprendía. Como si se estuviera desdoblado, Alejandra sintió que todo alrededor flotaba en una maraña de colores, de olores, de sensaciones tan terrenales que apenas las distinguía entre todos los sentimientos hermosos que Mika le despertaba. La penetró con su lengua, en un ritmo lento al principio y rápido después, hasta que las oleadas de placer fueron tan feroces que todo giró. Ella giraba. El cuarto giraba, y mientras caía y se hundía en el abismo, las lágrimas mojaban sus mejillas. Lágrimas que se unieron a las que se escurrían por su alma en un llanto sanador, porque por primera vez en su vida recibía y se entregaba totalmente en un acto físico de amor.

Cuando volvió en sí, miró alrededor y encontró sus ojos resplandeciendo como zafiros, satisfecho de sí mismo.

—Sabes y hueles a orquídeas.

—No, no es verdad —le refutó con pudor.

—Sí, es verdad. Y eres la cosa más bonita que he tenido entre mis brazos.

Sonriendo, agotada, no se dio cuenta de que se había quedado dormida hasta que, minutos más tarde, sintió unas plumitas haciéndole cosquillas en los pómulos. Abrió los ojos y contempló a Mika recostado sobre uno de sus brazos mientras con la yema de los dedos acariciaba su cara. Se sintió tan rebosante, tan bonita y tan femenina que se vio escribiendo en un cuaderno que era una mujer diez.

Enterró la nariz en la garganta de Mika, aspirando su aroma y regalándole besos tiernos. Cuando llegó a su oreja, le susurró:

—Hola.

Su risa, henchida de placer, la hizo sentir muy feliz.

—Señorita Díaz, acaba usted de hacer maravillosamente bien el amor con su jefe.

—Pensé que era mi novio.

—Sí, y mucho me temo que ahora no podrá vivir sin usted.

—Pues dígale que su novia piensa lo mismo.

—¿Te quedarás aquí conmigo?

—Si tú quieres.

—Por supuesto. Mañana traes tus cosas y cancelamos la otra habitación.

—Hummm. —Cerró los ojos, soñolienta.

—¿Te estás quedando dormida otra vez?

—Hummm.

Y se dejó arrastrar a un cosmos de placidez sin notar la mirada de amor con que él veló su sueño durante largos, largos minutos antes de quedarse dormido.

hiciste sentir tan bonita y tan deseada —rió azorada, pero lo dijo con firmeza— que por primera vez en mi vida me sentí toda una mujer. Nunca pensé que hubiera un hombre como tú en este mundo...

Emocionado, Mika la interrumpió, besándola apasionado, pero después, con premura, descendió por su garganta hasta llegar a esos senos que lo tentaban desde hacía minutos. Se regocijó al oírla respirar con dificultad cuando se metió un pezón en la boca mientras sus manos resbalaban por su vientre. Entonces, un toque en la puerta los sobresaltó. Con un gesto de pesar, se detuvo; presionó la frente entre sus pechos e inhaló su aroma.

—El desayuno, me temo... ¿Tienes hambre?

—Sí, mucha.

Se dio la vuelta y se incorporó. Acercó la silla de ruedas, se sentó y fue a por los pantalones en tanto que Alejandra se vestía y se dirigía al baño. Después de dejar pasar al camarero, este abrió las puertas de vidrio que daban al balcón cubierto y dispuso el desayuno sobre una mesa redonda de madera. Antes de retirarse, abrió uno de los ventanales, permitiendo que el olor del mar se mezclara con el de la comida fresca y la caliente. La brisa agitaba las servilletas de tela y hacía remolinos con los cabellos. El café dibujaba espirales de humo cuando Mika, con el torso desnudo, lo vertió en las tazas. Al notar que ella se encogía como si tuviera frío, fue a por su camisa y la posó sobre sus hombros. Antes de retirarse, la besó cariñoso en el cuello.

—El clima aquí es muy variable a lo largo del día, tan pronto puede llover como subir o bajar las temperaturas varios grados, y con fuertes vientos. Aunque, en verano, lo máximo que puede descender es hasta los catorce grados.

Destaparon los diversos recipientes, en los que encontraron huevos revueltos; salchichas; salmón curado en sal, azúcar y eneldo; gachas de avena calientes, y toda una variedad de panes negros y blancos. Había también tortitas con mantequilla y mermelada.

—¿Qué te gustaría hacer hoy?

—Me gustaría conocer la ciudad, pero primero quiero explorar la naturaleza de Islandia. He leído que está repleta de lagos termales y de cascadas. Pero lo que más me gustaría ver es la Laguna Azul.

—Así me gusta, que mi novia sepa lo que quiere. Muy bien, ¿qué te parece si hoy recorremos la ruta del Círculo de Oro, que incluye la cascada de Gullfoss, el géiser y la falla de Thingvellir, y mañana vamos al *spa* de la Laguna Azul? Me temo que para ir allí hay que hacer la reserva con anticipación.

Mientras probaba la bebida caliente, Alejandra asintió.

—Me parece perfecto.

Cuando terminaron de desayunar, Mika llamó para que alguien recogiera todos los objetos personales de su novia y los trasladara a la habitación. Dispuesto a compartir todos sus espacios con ella, le pidió que lo acompañara a ducharse. Entraron en el amplio baño, cubierto por azulejos de un suave gris perla y oscuras baldosas en el suelo. Los pequeños pies de Alejandra se movieron en silencio y sus manos titubearon sobre los primeros botones de su vestido, mirándolo con timidez. Lo cierto es que él también se sentía algo cohibido. Le sonrió, en un esfuerzo por tranquilizarla y tranquilizarse. De pronto, Alejandra se acercó y le preguntó:

—¿Te ayudo?

—Pues... no hay mucho que puedas hacer, me gustaría más ayudarte a ti. —Contempló fascinado el rubor que le subía desde el cuello hasta alumbrar todo su rostro. Le parecía mentira que después de la intimidad que habían compartido todavía se ruborizara de aquella manera—. Ven aquí. —La sentó sobre su regazo y empezó a desabrochar con lentitud los botones, mirándola

Disfrutó con sus cinco sentidos de cada caricia de la boca de Alejandra, de sus manos deslizándose por todo su cuerpo. No dejó un milímetro de piel sin explorar. Y cuando Mika se sosegó, procedió a desnudarla con parsimonia.

Se entregó a la tarea de saborear sus senos, al alcance de la boca, y brindarle placer. Mientras se besaban, empujó la silla de ruedas hasta la mullida cama. Con la altura perfecta para sus intenciones, la instó a recostarse sobre el lecho. Sentado en la silla, la acercó lo más que pudo y se abrió paso entre sus muslos, recorriéndola con su boca hasta encontrar su íntima zona palpitante. Antes de continuar, con un cúmulo de sentimientos revolviéndose en su pecho, se detuvo a contemplar su mirada, entre anhelante y avergonzada, pero entregada por completo a sus atenciones. Más tarde, cuando la escuchó sollozar en el momento de la liberación, experimentó la misma plenitud y poder que percibía cuando descendía en caída libre con sus esquíes por la montaña más alta. Y lo más maravilloso, lo mejor de todo, fue que entendió en toda su dimensión que cuando un hombre le hacía el amor a una mujer podía entregarle también su alma.

Entrelazados en la cama, su novia pestañeó y lo encandiló con el brillo de su mirada obsidiana. La estrechó con fuerza y se quedaron así, escuchando los minutos pasar y hablando de cuando en cuando. Le planteó la posibilidad de ampliar sus alternativas sexuales con unas inyecciones que se aplicaban directamente en el pene para estimular y mantener la erección. No sabía muy bien cómo funcionaba, ni tampoco si la erección podía llegar a ser lo suficientemente estable para que ambos obtuvieran placer, pero valía la pena que consultaran y lo intentaran. Antes no había querido plantearse otras opciones, sin embargo, en aquellos momentos, quería intentarlas todas con ella, y así se lo dijo.

Alejandra rio complacida y, mirándolo sensual, le aseguró:

—Estupendo, porque yo también estoy dispuesta a ensayarlas todas. Todo lo que te haga feliz.

inmediaciones del volcán.

—¿Ves algo que te interese?

—Pues... no creo. —Alejandra miró aterrada los precios.

—Mira, ahí está la crema que nos dieron. Vamos, coge algunos botes para ti, y otros para Minna y mi madre.

Tomaron una cesta y entre los dos seleccionaron varios productos. Después de pagar, se dirigieron al restaurante, donde el delicioso olor a comida aumentó el hambre que ya traía. Ambos pidieron crema de setas caliente, acompañada con varias porciones de pan negro con queso derretido por encima.

Una hora después, relajados y soñolientos, se encaminaron a la ciudad.

—¿Sabes conducir?

—Sí, pero hace tiempo que no practico, y no he renovado el permiso de conducir.

—Bien, le pediré a Tommi que averigüe lo que necesitas hacer. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, claro que sí, muchas gracias.

Por la tarde, se dedicaron a recorrer los sitios de relevancia histórica de la ciudad, como la casa Höfdi, donde, según el libro guía, Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov se habían reunido para decidir el fin de la guerra fría. Visitaron un curioso museo: una *faloteca*, que exhibía una enorme colección de especímenes fálcos pertenecientes a más de trescientas clases de mamíferos, incluido el hombre; desde el más grande, el del cachalote, cuyo pene alcanzaba un metro setenta centímetros, hasta algunos diminutos, como el de un hámster, de tan solo dos milímetros de longitud.

—¡Vaya! Definitivamente es un culto al pene —no pudo por menos que afirmar mirando a un divertido Mika.

Cansados, decidieron cenar en la *suite*, abrigados por la suave claridad de la noche y el aire marítimo.

Los días siguientes se vieron arrastrados por una vorágine de trabajo y de turismo. Matti le pidió que se encargara de investigar todo sobre la historia del edificio: quién lo proyectó, en que época fue construido, todos los dibujos que encontrara sobre los planos originales y todas las fotos que arrojaran datos sobre cómo era antes de la remodelación. Entre los dos analizaron la información que descubrió. Examinaron las puertas, los suelos, los falsos techos y los estampados de los papeles en las paredes para tomarlo como referencia. Ville se dedicó a terminar de medir y a fotografiar todos los espacios que iban a amueblar. Posteriormente, los tres se dedicaron a dibujar todas las estancias para tener un croquis real de cada lugar, ya que hasta que no lo realizaran a mano, no percibirían con exactitud las dimensiones y las características propias.

El relajado ambiente laboral permitió que Alejandra y Ville se hicieran buenos amigos. Poco a poco comprendió la manera como socializaba. Se tomaba su tiempo para evaluar a una persona y, una vez que decidía que esta merecía su confianza, ofrecía su amistad. Recordó que Xisca le había dicho que aquel era el típico comportamiento de los finlandeses con las personas extranjeras. Como fuera, ambos se enzarzaban en agradables conversaciones acerca de cualquier tema durante los descansos. Muy contenta, se dio cuenta de que su colega admiraba y respetaba su trabajo por los comentarios que realizaba sobre sus diseños. La camaradería se extendió al arquitecto, quien, lejos de la presión de sus deberes en Helsinki, dio rienda suelta al singular sentido del humor que poseía.

Mika, con el análisis del proyecto hecho por Matti en la mano, se reunió con los directivos del hotel para gestionar los plazos de trabajo y los honorarios.

Por las tardes, cuando terminaban sus respectivas obligaciones, se dirigían a la *suite* y se

acomodaban en el balcón a disfrutar del paisaje sin una palabra. Con él, Alejandra aprendía otro significado del silencio. Uno en que disfrutaban de la armonía de sus respiraciones, muy juntas, mientras el atardecer descendía. En ocasiones, lo acompañaba con una copa de coñac o se dejaba arrastrar por la sensualidad que su novio desplegaba con sus besos y sus caricias. Siempre se empeñaba en ofrecerle el máximo placer a ella. Alejandra, buscando lo mismo para él, recorría cada centímetro de su cuerpo atenta a sus expresiones de gozo.

Aprendió a convivir con los hábitos de autocuidado que Mika debía tener presentes para mantener el adecuado funcionamiento de sus esfínteres, como consumir alimentos ricos en fibras y conservar horarios fijos para ir al baño. Comprendió que evitar el deterioro neurológico era muy importante, por lo que las actividades deportivas y físicas que realizaba eran fundamentales. Así que, por las noches, antes de cenar, lo acompañaba al gimnasio del hotel o a nadar. En dos ocasiones, visitaron una de las numerosas piscinas públicas que había en Reikiavik, cuya particularidad radicaba en que se alimentaba de aguas termales. El contraste entre el cálido interior de las aguas y el aire fresco del exterior —que, según había leído, durante el invierno se convertía en una experiencia única—, le resultó muy gratificante. Se dio cuenta de que los islandeses disfrutaban de aquella costumbre tanto como los finlandeses disfrutaban de la sauna.

Pero los obstáculos a los que Mika se enfrentaba no eran siempre fáciles de resolver. Su ingreso a ciertos locales resultaba imposible. Alejandra intentaba restarle importancia, y aunque su novio lo asumía con extremada calma, notaba cierta tensión en su expresión cuando ella se negaba a entrar si no podían acceder los dos. Lo tranquilizaba, lo besaba, pero seguía con el ceño fruncido. Sabía que le preocupaba que tuviera que experimentar los mismos impedimentos que él, e imaginó que solo con el tiempo se daría cuenta de aquello no representaba un sacrificio para ella.

Se perdieron entre las tiendas, museos y edificaciones de relevancia arquitectónica en Reikiavik. Visitaron la famosa iglesia luterana Hallgrímskirkja, sobria, como todas las iglesias luteranas, pero con un llamativo diseño exterior con el que, por lo que sabía, el arquitecto había pretendido que se asemejara a las formaciones volcánicas de basalto. Le gustó tanto que se detuvo a dibujar la estructura en su cuaderno mientras su novio la esperaba con una paciente sonrisa.

Una tarde, Mika, con cara de sorpresa, le dijo que quería mostrarle algo. Guardó silencio hasta que estacionó el coche cerca de una preciosa iglesia con el característico estilo vikingo de la mayoría de construcciones de la zona:

—Es una iglesia católica y, si no estoy equivocado, está abierta justo ahora.

Con los ojos encharcados, lo abrazó y le dio un beso ruidoso.

—¿Vamos a mirar? —la apremió riéndose.

Antes de entrar, frente al lateral derecho, contemplaron una encantadora torre que lucía un sombrero verde como tejado, y que tenía a ambos lados unos elementos en forma de triángulos, también verdes. Los muros estaban orlados con numerosas ventanas, con arcos o cuadrangulares, del mismo color que los tejados. Mika le aclaró que era la escuela católica de Landakot, una de las más antiguas en Islandia.

Por la noche, la invitó a un concierto de folclore islandés en el moderno centro de conciertos y convenciones Harpa, erigido a la orilla del mar. El armazón era un peculiar modelo geométrico, en dos y en tres dimensiones, con columnas de basalto cristalizado. En la fachada sur, una serie de hexágonos de cristal cambiaban de color con la luz exterior. Una vez en el interior, se dio cuenta de que estos creaban un efecto translúcido que permitía vislumbrar el hermoso paisaje de fuera. Fue una noche mágica, como todas las que había vivido desde que llegó a aquel hermoso país. Mientras escuchaba una de las melodías interpretadas por el grupo, sintió lágrimas de felicidad.

Alejandra comenzó a llorar otra vez.

—Qué cosas tan lindas me has dicho... Yo también te amo.

Aquellos ojos lapislázuli fulguraron emocionados antes de estrecharla tan fuerte que Mika la lastimó, pero ella no le dijo nada, feliz de percibir todos sus sentimientos arropándola en ese abrazo.

—Pues son la pura verdad, y soy el hombre más afortunado del mundo por haberte encontrado y porque me correspondes. —Le regaló una lluvia de besos. Besos dulces, besos apasionados, besos sanadores.

Aquello le dio el valor para contarle lo que su madre le había dicho, su impotencia al no poder ayudarla y las amenazas de su abuelo.

—La podríamos traer para que te visite unos días.

—Ya lo había pensado, pero no vendrá.

—Bien, entonces podemos ir unos días a Colombia.

—Pero ahora tenemos todo este trabajo en Islandia, y no podemos...

—El mundo no se va a acabar porque la compañía no nos tenga unos días.

—Pero mi abuelo... Tú... —Se mordió el labio preocupada.

—Mi vida, he lidiado con gente más difícil que él. Créeme, no le tengo miedo. No te preocupes, seré todo un caballero, pero no voy a permitir que te lastime.

Alejandra quería creerlo, pero la forma como Mika veía la vida, sus percepciones acerca de la mujer eran tan distintas a las de su familia —excepto Samuel— que no confiaba en cómo lo recibirían. Enrique y su abuelo eran tan duros y difíciles de tratar que sus temores no eran infundados. Lo sabía seguro de sí mismo, pero no podía dejar de sentir una inexplicable necesidad de protegerlo. Sin embargo, le sonrió y no le dijo nada para no inquietarlo.

Él continuó:

—En estos momentos, lo que puedes hacer por tu madre es darle la confianza de que tu abuelo no puede dañarte, ni a ti ni a Samuel, a pesar de lo que diga. Háblale de lo feliz que eres conmigo. Creo que ver que estás con un hombre que te adora y que hará hasta lo imposible por mantenerte segura la tranquilizará. ¿No crees?

Le sonrió con el corazón en los ojos, y se mordió los labios para que no afloraran sus pensamientos negativos y sus dudas. Tenía la certeza de que su abuelo no se iba a quedar de brazos cruzados mirando cómo se alejaba de él para siempre. Sí, se había ido de su lado, lo evitaba, hablaba con él lo estrictamente necesario, pero siempre la había tenido a su alcance en Colombia. Cuando se mudó a Finlandia, montó en cólera; aun así, había tenido la certeza de que después de unos años ella regresaría. Sin embargo, ahora que sabía que tenía una relación seria, su reacción sería implacable, pues para él eso significaba que posiblemente Alejandra nunca regresara al país.

Tenía una triste corazonada, y lo peor era que no sabía cómo explicárselo a su novio. Decidió darle tiempo al tiempo. Ya vería cómo se desarrollaban los acontecimientos antes de que ambos fueran a Colombia.

El sábado por la noche aterrizaron en el aeropuerto de Vantaa, y mientras avanzaban por el ya familiar corredor de losas en forma de triángulos grises, iluminadas por las luces opacas del techo, Alejandra sintió que la invadía una extraña sensación de nostalgia. Después de recoger las maletas, cuando Mika insistió en que se quedara en su piso el resto del fin de semana, se dio cuenta de que su tristeza tenía que ver con separarse de él.

Entraron en el hogar de su novio; se quitó los zapatos, dejando que las plantas de sus pies percibieran la agradable sensación de la madera. Tuvo tiempo de disfrutar del aroma a bosques que flotaba en el ambiente antes de que, juguetón, Mika tirara de ella para que cayera sobre sus fuertes muslos.

—Debemos hacer esto como se debe. —Le olió y besó el cuello.

—¿Que es cómo?

—Llévate en brazos a mi cama.

Con un suave quejido, las ruedas giraron, escoltadas por los gemidos y los besos susurrados. Tardaron varios minutos en llegar a la habitación y, una vez allí, se desnudaron sin prisas, regalándose miles de caricias. Intensas y apasionadas. Tiernas y delicadas. Sus alientos se confundieron, se paladearon, mientras las manos jugaban con los cierres y los botones. Los dedos sensibles de Alejandra dibujaron figuras en el torso de Mika, recreándose en el temblor de los músculos bajo su tacto. Le dijo con los labios que lo amaba, que lo deseaba y lo encontraba hermoso. Retozaron. Se excitaron. Alejaron, con cada beso, miedos y complejos, entregando todo lo que tenían para darse hasta que el sueño los venció.

Antes de abandonarse, Alejandra experimentó la profunda sensación de que había llegado a casa.

A la mañana siguiente, cuando abrió los ojos, lo primero que contempló fue el rayo de luz dorada que se filtraba a través de unas cortinas de trazos azules. Frunció el ceño; no recordaba haberlas visto antes. Entonces, al sentir el cálido contacto de unos labios y una barba raspando su mejilla, sonrió. Se besaron y jugaron como niños. Pícara, le hizo cosquillas sin misericordia hasta que lo escuchó carcajearse.

Era cerca del mediodía cuando por fin se levantaron. Antes de ir al baño vislumbró, colgado en una de las paredes del cuarto, el cuadro que ella le había comprado en Tallin. La sonrisa de felicidad no la abandonó hasta que entró en la cocina a elaborar el desayuno. Mika preparó el café en su sofisticada máquina, o como él decía, «su juguete». Observó con ternura el cuidado que ponía al tostar y moler los granos de café. Luego, cómo los colocaba en la cafetera y vertía agua en el portafiltro. Cuando extrajo el espumoso líquido negro, se sentaron a comer.

Por la tarde entraron a la sauna. Desnudos, se sentaron en los peldaños de madera, arrullados por las nubes de vapor. Perezosa, recostó la cabeza sobre el regazo de él, aspirando el agradable aroma de la madera y el olor a turba que se desprendía de la esencia que Mika acababa de arrojar sobre las piedras de la estufa. Con parsimonia, se ducharon, se vistieron y luego se dirigieron a un supermercado para proveer la nevera, que estaba casi vacía. Entre los estrechos pasillos abarrotados de productos, gozaron como niños escogiendo lo que les gustaba. Sabía que Mika tenía que mantener una alimentación sana, pero el muy sinvergüenza era más goloso que ella. Divertida, escuchó la larga lista de postres especiales que sabía hacer. Con un guiño, le prometió preparar para la cena una deliciosa tarta alemana que su padre le había enseñado.

Por la noche habló con su madre. La notó más tranquila, y como Mika le sugirió, intentó transmitirle seguridad. Le pasó el teléfono y, tímido, le recitó las palabras en español que había practicado con ella entre risas y besos: «Encantado, bienvenida a Finlandia, amo a su hija y la cuido bien». Todo recitado con claridad y con las consabidas pausas. No fue así la respuesta de su madre, quien —como constató Alejandra a través del audio—, a pesar de su recato, le soltó a su novio una sarta de palabras y comentarios en español que lo hicieron mirarla confundido. Sintiendo lástima, se apresuró a arrebatarle el móvil.

También se comunicó con Samuel, quien esa noche salía para Estados Unidos con el objetivo de empaparse en Silicon Valley de las últimas innovaciones tecnológicas. Lo enviaba la compañía

para la que trabajaba.

El lunes por la mañana se dirigieron a la empresa en el coche de Mika. El cielo se abría en una infinita bóveda azul, adornada con largas franjas de nubes que ondeaban como metros de tela blanca desenrollada. Estaban a finales de julio, y aquel cálido clima, según le dijo, se prolongaría hasta mediados de agosto. Cuando se bajaron, cortés, la ayudó a sacar la maleta, la cual, a regañadientes, había aceptado que ella llevara consigo. Durante el desayuno Alejandra le había aclarado que debía regresar a su piso. Quería que él recuperara su espacio; no soportaba pensar que, después de un tiempo, Mika sintiera que ella lo ahogaba.

Cuando terminó la jornada laboral, tomó un taxi a casa. Por la noche disipó la tristeza con el efusivo recibimiento de sus compañeras. Le extrañó que Xisca, que estaba de vacaciones, no estuviera con su familia en España. Les entregó los presentes que les había comprado, incluyendo un juguete para Duquesa. Como siempre, la gata no se acercó hasta que Tiia se retiró. Primero se hizo la desentendida lamiéndose las almohadillas de las patas, hasta que, arriesgándose, estiró una y atrajo hacia ella el ramillete de plumitas de colores que le había comprado. Al sentir que estas sonaban, se dedicó a empujarlas de acá para allá. Sonriendo, la dejó para ir a ducharse. Después, mientras pensaba qué preparar para cenar, entró una llamada.

¡Su hermano Enrique!

Suspirando con fastidio, se preparó para hablar con él. Pero su sorpresa fue todavía mayor: ¡estaba en Helsinki y quería verla! Recelosa, al principio no supo qué decir. ¿Sabía su madre que vendría? No, supuso que no; se lo habría mencionado.

Inquieta, le preguntó:

—¿Sabía Samuel que venías?

—Se lo iba a decir, pero quería hablar contigo primero. Ya sabes que él no responde a mis llamadas. ¿Podrían reunirse conmigo en, digamos..., una hora? —«Oh, sí, cómo no». Definitivamente no confiaba en él. Pero ¿qué hacía? Samuel no estaba, y le tocaba, le gustara o no, manejar sola la situación. El silencio de Alejandra se prolongó tanto que la voz de Enrique sonó acusadora—. No quiero decirte esto por teléfono. ¿Te ha cambiado tanto Europa que ya ni te dignas a hablar con tu hermano?

Sintiéndose mal, le contestó:

—Claro que no, pero, si recuerdo bien, en Colombia no era mucho lo que hablábamos. Los dos sabemos que mis asuntos no son importantes para ti.

—Mira, Alejandra, he venido a verlos porque quiero contarles algo muy grave. No tengo tiempo para comprender tus inmaduros comentarios ni para discutir contigo. Una vez que ambos se enteren, ya sabrán qué hacer.

Enojada, se mordió el labio para no aclararle que decir la verdad no era una muestra de inmadurez. No. No dejaría que Enrique la desestabilizara. Con pretendida calma, le dijo:

—Samuel está en Estados Unidos y... ¿Dónde te estás quedando? —preguntó derrotada.

—En el hotel Crowne Plaza. Qué lástima. ¿Cuándo vuelve?

—No lo sé. Creo que en unos diez días.

—Solo puedo quedarme seis días, pero si no hay más remedio, tú te encargarás de contárselo. Entonces, ¿quieres comer conmigo? —Sin esperar su respuesta, con voz autoritaria, agregó—: Te espero en el restaurante del hotel.

—Enrique —lo llamó antes de que colgara.

—¿Qué?

—Voy porque quiero ir, no porque tú me lo ordenes.

Silencio.

Le dolió. Dios sabía que lo quería a pesar de todo, y le dolieron los esfuerzos que hacía su hermano por culparla, agrandando el arrepentimiento que ya sentía. Pero no le dijo nada, ¿para qué? No quería pelear. Pero de pronto... lo miró con desconfianza.

—¿Es verdad? ¿O es una treta tuya y del abuelo?

—No seas infame, Alejandra. No juego con algo tan serio como la salud del abuelo. Ni nuestro viejo lo haría.

No le recordó que sí, que lo había hecho, y más de una vez, pero era mejor no discutir con él. Recordó que la mejor estrategia para lidiar con su hermano era no agredirlo, a menos que fuera extremadamente necesario, y no permitir que transgrediera sus límites, harto difícil para su forma de ser. Sabía que cuanto menos le abriera su corazón, menos se lo pisotearía.

El camarero trajo las bebidas, y cuando se retiró, Enrique continuó:

—Mamá no lo sabe; ya sabes lo débil que es, y el viejo no quería preocuparla. Tampoco quería que se lo contara a Samuel y a ti, pero yo insistí. A pesar de lo que creas, quería que siguieran disfrutando de la vida que habían escogido lejos de él.

Los remordimientos por no llamarlo más a menudo la asaltaron.

—¿No crees que mamá tiene derecho a saberlo? Me parece injusto que se lo oculten.

—El abuelo se lo dirá cuando se acerque el día de la cirugía. Si se lo dice ahora, mamá no dejaría de llorar y lo cuidaría en exceso. El abuelo no quiere esa carga.

Alejandra apretó los labios enfadada; no estaba de acuerdo. Su madre podía ser una mujer sumisa, pero no se desmoronaba ante los sucesos difíciles que le tocaba afrontar, y era triste que su abuelo y Enrique menospreciaran la forma como se desvivía por cuidarlos. Por otro lado, quizá su hermano tuviera parte de razón y era mejor no preocuparla hasta que fuera necesario.

—¿Y para cuándo está programada la cirugía?

—Puede tomar más o menos un mes. Como ya te dije, hay que estabilizarlo; mientras tanto, Rafael está arreglando todos los trámites burocráticos para aprobarla.

Rafael era el asistente del abuelo. En un mes, suspiró. Eso le daría tiempo para pedir unos días de licencia sin salario a la compañía.

—Hablaré con Mika..., mi novio. Puede que venga a Colombia conmigo.

—Ah, sí, tu novio... —repitió con ironía—. Quizá no puedas regresar en meses. Tu deber es quedarte y apoyar al abuelo.

Sintió la presión de Enrique como si la estuviera ejerciendo el mismo abuelo, por lo que, molesta, le comentó:

—Ya me las arreglaré. Estaré yendo y viniendo. Mi vida está aquí. Mi novio, mi trabajo, mis estudios. No puedo abandonar todo irresponsablemente. Pero lo más importante es que Mika está aquí, y no pienso renunciar a él. —Lo miró con más firmeza de la que sentía.

Sin levantar la voz, pero con una mirada gélida, su hermano le espetó:

—Tu vida está al lado de tu familia.

—Mika es mi familia también.

—Quiero conocerlo.

La pregunta la descolocó.

—¿Para qué?

—Como tú dices, es parte de la familia. Y ya que me quedaré unos días, ¿por qué no conocer a mi nuevo cuñado? El abuelo insistió para que me tomara unas cortas vacaciones, y quiero hacerlo en este país y, si no es mucho pedir, escoltado por mi querida hermana. —Salomón, quien había permanecido en un respetuoso silencio hasta ese momento, carraspeó—. Con Salomón, claro está.

No supo qué hacer o decir. ¿Cómo reaccionaba una mujer adulta en aquellas circunstancias? Si

se negaba a reunirse con él, agrandaría la brecha entre ellos dos, y acarrearía consecuencias para la tranquilidad de su madre y para el propio abuelo, quien, ofendido con ella por rechazar a su hermano, se podría alterar más. Con la sensación de que el destino la ponía contra las cuerdas, se rindió a lo inevitable.

—De acuerdo, hablaré con Mika. Ahora me voy. —Se levantó—. Te llamo mañana. —No miró a su exnovio a propósito, pero este preguntó:

—¿No comes con nosotros?

—No, gracias, no tengo hambre. Hasta luego. —Parpadeó con rapidez, despidiéndose de los dos.

«Qué remedio».

Pero cuando llegó a la salida, un brazo la detuvo.

—Mira, renacuajo, lo creas o no, antes que tu novio, fui tu amigo, el de toda tu familia, y no tenía otras intenciones más que acompañar a Enrique y ver cómo te iba. Si entendí bien a tu madre, estás muy enamorada, y no pretendo hacerte cambiar de opinión. ¿No crees que al menos podemos ser amigos otra vez?

Incómoda, se soltó con delicadeza, resistiendo el impulso de apartar el brazo con brusquedad. Lo miró a los ojos; en realidad no sentía rabia hacia él. Ya no. Por primera vez lo vio como era. Sus ojos, su rostro guapo, su risa fácil. Tuvo la sensación de que sus facciones bonitas eran más las de un adolescente que las de un hombre maduro. En cierta forma, era bueno volver a tenerlo frente a ella y darse cuenta de que nunca lo había amado de verdad. Era otro capítulo de su vida que podía cerrar para siempre. Aun así, dudó de sus intenciones para ir a Finlandia. Había aprendido, gracias a los maquinadores hombres de su familia, que una cosa era lo que decían y otra, lo que hacían. Así que, cautelosa, manifestó:

—Ya veremos. Hasta pronto.

Y salió sin volver la vista atrás.

La opaca luz de la noche suspiraba siguiendo sus pasos. Llegó a la marquesina de la parada del tranvía y se sentó sobre el frío metal del asiento. Pensó con dolor en su abuelo. El tiempo no pasaba en vano, y él ya tenía ochenta y seis años. Era un hombre tan poco frágil que casi había pensado que viviría para siempre.

Se subió al vehículo, pagó y buscó un asiento cerca de la ventana para apoyar, desanimada, la cabeza contra el cristal. Sintió frío, se cerró la ligera chaqueta que vestía. Por otro lado, el tiempo que tendría que compartir con Enrique le generaba una extraña sensación de amenaza. Quizá exageraba y le otorgaba a su hermano un poder que no tenía. ¿Qué podía hacer en unos cuantos días?

Extrañó a Mika, deseó estar con él y dormir a su lado.

No. No era una criatura débil que requería del apoyo de su novio en todo momento.

Cuando abrió la puerta de su piso, recibió un mensaje:

Enviado por Mika:

¿Estás despierta? ¿Voy a por ti?

Sonriendo emocionada, le respondió:

Enviado por Alejandra:

¿No es muy tarde?

Enviado por Mika:

Tú estás despierta y yo estoy despierto. Para que podamos dormir, tenemos que estar juntos.

La ternura que la invadió estremeció todas y cada una de las fibras de su ser.

Enviado por Alejandra:

Muy bien, pero tomaré un taxi.

Enviado por Mika:

Prefiero ir a buscarte. Compláceme, ¿sí? Solo me llevará unos quince minutos.

Suspirando contenta, se apresuró a meter en una pequeña maleta una falda y una blusa para el día siguiente y... Se dio cuenta de que había olvidado su pijama y su cepillo de dientes en el apartamento de Mika.

Veinte minutos después, salió del edificio y se apresuró a subirse al BMW que estaba estacionado enfrente.

Más tarde, con la cabeza sobre su torso desnudo, le contó que Enrique estaba en Helsinki y lo que le ocurría a su abuelo.

—Debes ir a verlo. Hablaré con Tommi para que te conceda una licencia especial.

Un aire glacial la invadió. ¿Y él? «Dios mío, Alejandra, tienes que aprender a estar sin él». ¿Qué pasaba con la mujer independiente que era? Aun así, respiró aliviada cuando agregó:

—Organizaré todo para ausentarme unos días y estar contigo. No te daré tiempo para que me eches de menos.

Fue entonces cuando le comunicó lo otro que le preocupaba.

—Mi hermano quiere conocerte.

—Por supuesto, encantado. ¿Dónde se hospeda?

Suspiró con temor.

—En el Crowne Plaza. Mi exnovio, Salomón, también está aquí.

Arrugó el ceño.

—¿Lo viste?

—Sí, estuvo todo el tiempo con Enrique y conmigo mientras hablábamos.

Mika tomó su rostro entre las manos y le preguntó:

—Y... ¿sentiste algo?

—No, señor. No sentí nada por él, ni un poquito. —Se irguió y le llenó de besos la barbilla—. Es el mejor amigo de Enrique, es todo. Me temo que él... —Le daba vergüenza, pero tenía que decírselo—. Me temo que él estará todo el tiempo con mi hermano y te tocará conocerlo. Lo siento.

—Por mi está bien, siempre y cuando tenga muy claro que eres mi novia.

Alejandra se rio.

—Mi querido Mika, te amo con todo mi corazón y nada ni nadie cambiará eso. No lo olvides, por favor.

Hermosas palabras nacidas de su ingenuidad. Unas semanas después, se harían añicos contra la dolorosa realidad.

El martes, la ciudad despertó con un cálido cielo amarillo y azul. Después de desayunar juntos, Mika la despidió con un apasionado beso y se fue a trabajar. Aquel día Alejandra tenía el turno de

tarde, así que deambuló sola por el apartamento de su novio con un vacío en el estómago, preparándose emocionalmente para hablar con el abuelo. Se sentía tan nerviosa que, para calmarse, fue a clase de pilates. Como el gimnasio quedaba cerca de su piso, fue allí, se duchó, preparó algo rápido y salió pitando para la oficina.

El sol fulguraba en lo alto y el lamento del viento enredaba sus cabellos. Pulsó la clave de la puerta y se deslizó por los callados corredores de la empresa. Cuando llegó a su cubículo, se puso a trabajar hasta que dos horas después, calculando la hora a la que su abuelo se levantaba, buscó un lugar tranquilo y privado para marcar su número de teléfono.

Mientras escuchaba los timbrazos, el corazón le martillaba en los oídos. Por fin, su voz sonó en sus tímpanos y casi se le cae el *smartphone*. Lo saludó con torpeza y, sin saber si interrogarlo o no acerca de la cirugía, se apresuró a contarle todo sobre sus experiencias en el trabajo y sobre su viaje a Islandia. Le parecía que le decía tonterías, pero era incapaz de parar. Para su sorpresa, la escuchó interesado y le hizo preguntas sin la brusquedad que acostumbraba. Conmovida por el esfuerzo que hacía para conversar, sus ojos se llenaron de lágrimas. Sabía que cambiar sería prácticamente imposible para aquel hombre forjado con dureza, aun así, guardaba la esperanza de que algún día le ofreciera cariño de una manera más sana.

Quizá fuera posible. A veces, cuando se padecía una grave enfermedad, se generaban cambios tan drásticos en una persona que los acercaban al amor de los seres queridos.

Se despidió prometiéndole que lo volvería a llamar. Quiso decirle que lo quería, pero no se atrevió. Supuso que él nunca lo haría, y era mejor no ilusionarse.

Los siguientes días fueron un torbellino de actividades entre el trabajo y ejercer de guía de su hermano y de Salomón. Les mostró Helsinki con orgullo, como si fuera su propia ciudad. Debía reconocer que ambos se comportaron como unos turistas encomiables. Formularon preguntas interesantes y estuvieron abiertos a visitar todo lo que Alejandra les sugirió, sin embargo, en ocasiones, necesitó de toda su fortaleza emocional para no dar importancia a los comentarios sutilmente agresivos de Enrique. Como por ejemplo cuando le dijo:

—Qué mujer tan admirable eres al sacrificar toda tu plenitud sexual haciendo feliz a un hombre que ya no siente nada. Nunca pensé que tuvieras un corazón tan generoso.

Molesta, le había replicado:

—Encontrar y hacer feliz al amor de mi vida no tiene nada que ver con el sacrificio. Y ese hombre puede sentir amor desde la punta de los dedos del pie hasta los cabellos de su cabeza, por no hablar de su alma y de su corazón, habilidad que muchos hombres no poseen, así que la afortunada soy yo.

—Si tú lo dices.

Mika fue encantador con Enrique y distante con Salomón, aunque siempre cortés con los dos. Una noche se ofreció a buscarlos para que experimentaran la vida nocturna de Helsinki, noches de rumba que los dos deseaban conocer. Se sintió muy incómoda al presenciar cómo Enrique se comía con los ojos a toda mujer hermosa que veía, y pensó que se moriría de vergüenza ante su abierto coqueteo con una chica en un establecimiento. Mika sabía que Enrique tenía una novia en Colombia con la que pensaba casarse. La verdad es que quería llorar. Su afligido rostro no pasó desapercibido para su novio, quien deslizó su pulgar por las arrugas de su frente, sonriéndole con tanto amor que se le escapó una lágrima. Entonces, se inclinó y la besó con pasión, sin importarle el carraspeo de Salomón frente a ellos.

Una tarde, antes de que Enrique se fuera, después de acompañarlo a comprar regalos para su novia y la familia, se sentaron a beber una taza de café en uno de los restaurantes de la calle Esplanadi. Y cómo no, volvió a lanzar sus dardos contra Mika.

—No te engañes, Aleja; es un hombre como todos. Le gustan el éxito, el poder y las mujeres hermosas, aunque lo esconde bajo esa fría reserva. —Se rio ante la expresión de ella—. Pero no te preocupes, con sus circunstancias te será fiel.

Harta y cansada de su juego, mandó la paciencia al diablo.

—Ni tú lo conoces ni sabes cómo son todos los hombres del mundo, así que no creo que tu gran arrogancia te permita hacer un juicio con conocimiento de causa.

—Uy, perdóname, qué susceptible eres. Algún día te darás cuenta de que todos los hombres somos iguales. No somos seres monógamos. Si no, ¿por qué crees que hay tantos divorcios y que tenemos amantes?

Quiso decirle que no había diferencias entre las mujeres y los hombres en cuanto al sexo se refería, sino más bien en cuanto a otras diferencias que tenían que ver con la educación, el respeto por los demás y miles de teorías más, pero ¿para qué? ¿Acaso cambiaría o la escucharía?

—Yo no sé nada; de lo único que estoy segura es de que ya estoy harta de ti. Que tengas un buen viaje. —Se levantó y recogió su bolso.

—Uy, perdona. Te agradezco todo el tiempo que has sacrificado conmigo. Supongo que es poco, a cambio de todos mis desvelos por conservar el patrimonio de la familia...

Alejandra se alejó y ya no lo escuchó. No le importó si se iba o si se quedaba. Ni si se sacrificaba por la empresa o no. Ni siquiera si era su hermano y si su abuelo se enojaba. Le había dado el beneficio de la duda, pero tristemente se había dado cuenta de que Enrique era más egoísta de lo que pensaba. De ahí en adelante lo evitaría, como había decidido hacer después de terminar su psicoterapia.

CAPÍTULO 39

Después de ducharse, Mika se acercó a la encimera del baño para tomar su cepillo de dientes; antes de cogerlo, vio el de Alejandra y sintió que un agradable estremecimiento lo recorría. La crema para la piel y el champú que usaba lo miraron y se le antojaron tan femeninos como ella. Su aroma flotaba por doquier, haciéndolo sentir menos solo. Cuando ella no se quedaba en su apartamento, sentía todo el peso de la soledad. Desalentado, se acercó a la ducha y se desvistió. Hacía tiempo que no se compadecía de sí mismo, si es que alguna vez lo había hecho, pero en los últimos días, entre su trato con Salomón y Enrique, su confianza en sí mismo se resquebrajaba. Muy a su pesar, los celos lo atormentaban. Lo cual era una locura porque, aun con los límites de su parapleja, era capaz de ofrecerle a su novia un amor que aquel *gigoló* latino no podía. Además, ella no evidenciaba hacia su exnovio otros sentimientos más que la cortesía.

El problema radicaba en él mismo. En sus miedos. En sus fantasmas.

No había duda de que Salomón era un canalla con éxito, y de que sabía usar su encanto y su atractivo con una bien orquestada zalamería. Cada vez que había tenido oportunidad, había corrido a abrirle la puerta a su novia, adelantándosele, o le había apartado la silla, asegurándose de situarla a su lado, y aunque eso no parecía afectarla, a él lo había invadido un primitivo impulso de barrer con su cara bonita el suelo a su alrededor. Le crispaba que la llamara *renacuajo*. Sabría Dios lo que significaba, pero por el tono que utilizaba, evocaba recuerdos cariñosos entre ellos.

Después de ponerse el traje, echó una ojeada a la hora en su reloj. Tenía tiempo de prepararse una taza de café antes de salir. Se puso a ello, pero saborearlo no lo revivió, como sucedía siempre, y sabía por qué. Lo que más le preocupaba eran los comentarios sutiles que Enrique dejaba caer cuando Alejandra no se daba cuenta. Comentarios que lo confrontaban y que abrían poco a poco una fisura en su autoestima. La amaba tanto que quería ofrecerle lo mejor de sí mismo, pero no podía desconocer las limitaciones y los inconvenientes a los que ella se vería abocada si compartía su vida. Era cierto que hasta el momento se había adaptado bien. Tomaba con calma los contratiempos que suscitaba su desplazamiento y asumía con agrado y naturalidad sus hábitos de autocuidado. Disfrutaba al aplicarle todas las noches la crema hidratante que él tenía que usar a menudo para evitar problemas en la piel. Le decía con tono sensual que esa era la parte favorita de su día, porque lo tenía a su merced para tocarlo donde y como deseaba.

Sí, sonrió con ternura, su novia encaraba sus limitaciones con esa dulzura y esa fuerza que le ponía a todo lo que hacía. Aunque... ¿por cuánto tiempo? Se martirizaba preguntándose si ella podría asumirlo toda la vida. Ambos querían hijos. Sabía que había formas de lograrlo, pero la responsabilidad de educarlos y cuidarlos era un asunto de dos, y tenía miedo de que, debido a su discapacidad, toda la carga recayera sobre ella. ¿Y qué pasaría si no podían tenerlos?

Miles de dudas giraban en su cabeza, dudas que no se había planteado antes, concentrado en el anhelo de lograr su amor, pero que comenzaban a ser relevantes en ese instante.

Suspiró alicaído. Lo obvio era que estaba cansado de esos inesperados huéspedes, y no lo animaba saber que se marcharían al día siguiente, porque todavía tenía pendiente un encuentro con Enrique aquella mañana. Había quedado en mostrarle las oficinas de *art & viiva* y la tienda principal. Menos mal que el *gigoló* de su amigo no estaba interesado en ir.

Dos horas más tarde, después de un recorrido por la empresa sin contratiempos, Mika y su invitado entraron en la sala de conferencias. Las ruedas de la silla zigzaguearon entre los asientos

hasta llegar a los pies de la mesa sobre la que se ubicaba la sofisticada máquina de café expreso. Enrique se repantingó en uno de los sillones y guardó silencio hasta que el director de *art & viiva* se acercó a él con una taza humeante. Y entre sorbo y sorbo, le preguntó:

—¿Te vas a casar con mi hermana?

Con expresión impasible, sin dejar entrever que la pregunta le había molestado, Mika respondió:

—Creo que eso es asunto de ella y mío.

—Oh, sí, los nórdicos... Tan civilizados y reservados en sus expresiones y en sus afectos... Sin ánimo de ofender, ¿eh? —Se rio—. Pero resulta que mi abuelo, que ha sido como nuestro padre, está preocupado. Como entenderás, es natural que nos preocupemos por nuestra voluble, inquieta y frágil hermanita. No queremos que se aprovechen de ella. Por eso he venido a conocerte y a enterarme de cuáles son tus intenciones.

Ni un músculo de Mika se alteró. Aunque la intromisión en su vida no era de su agrado, comprendía el deseo de Enrique por proteger a su hermana. Lo que sí le irritó fue la forma como se expresó de su novia, pero por ella, lo asumiría con tranquilidad. Tomó otro trago de café, lo saboreó con parsimonia y...

—¿Es bueno, verdad? Este café es de Kenia... —Sin esperar respuesta, lo miró a los ojos—. Tu hermana es una mujer madura, responsable y muy inteligente. No solo ha sabido responder a un máster en un país con una cultura totalmente diferente a la suya, sino que ha logrado encontrar trabajo en una compañía importante y tiene a su director rendido a sus pies, así que, como verás, no creo que necesites preocuparte por sus decisiones. Y en cuanto a mí, como puedes ver, lidero con éxito y honestidad esta empresa. Soy un hombre honorable, la amo y... digamos que tengo todas las facilidades para cuidar de ella y hacerla feliz en el presente y en el futuro, si así lo decidimos.

Notó que Enrique lo miraba sorprendido con lo que le pareció un destello de rabia en los ojos.

—Sí, ya veo que eres un hombre de éxito y, a pesar de tus circunstancias, has logrado una independencia y una notoriedad en lo laboral envidiables, pero... ¿estás completamente seguro de que le podrás brindar a mi hermana todo lo que ella necesita? Ahora ella está deslumbrada contigo, las mujeres son así al principio —se rio—, pero cuando la rutina de la vida siga su curso... Porque tú y yo sabemos que después de un tiempo, la novedad pasa, es decir, ese periodo donde vemos al otro casi perfecto termina, ¿y qué queda? La realidad, en la que vemos al otro como realmente es; con todos sus defectos y carencias. Y en la mayoría de los casos, esto sucede cuando ya es demasiado tarde y se han casado. Por eso hay tantas parejas divorciadas, ¿no lo crees?

Mika no le contestó, guardó la calma para saber a dónde quería llegar y siguió bebiendo su café.

—Pero mi punto es: ¿te has puesto a pensar en todo lo que esta relación implicaría en el bienestar y la felicidad de Alejandra? ¿Has considerado lo que significará para ella dejar atrás para siempre su país y a su familia, por no hablar de otras cosas que tienen que ver con la particularidad de tus circunstancias?

Fustigado en lo que más le preocupaba, Mika no pudo evitar responderle:

—Sí, por supuesto que lo he considerado. La felicidad de Alejandra es lo más valioso para mí.

—Entonces, seguramente te has preguntado si con el tiempo ella podría sentir que compartir su vida contigo fue más difícil de lo que había imaginado, ¿verdad? —Bebió de su café y continuó—: ¿Te has preguntado qué pasará cuando lleguen los hijos?, si es que pueden tenerlos, claro. ¿Podrá Alejandra con todo? Es decir, ¿podrá con la responsabilidad de un trabajo, la educación

de los hijos y tener la fuerza para apoyarte, incondicionalmente, cuando lleguen las pruebas a las que, seguro, los someterá la vida? La conozco muy bien; nunca sería capaz de decirte que todo es demasiado para ella o, en el peor de los casos, que desearía ser libre.

Mika no pudo refutar aquello porque era un fantasma latente que lo perseguía y lo atemorizaba todos los días. En las ocasiones en que transitaba por ese túnel de sombras, se preguntaba si era justo para Alejandra encadenarla a su condición y a sus carencias. Comprendía que era una mujer leal y generosa y que, una vez que se comprometiera con él, pasara lo que pasara, lo acompañaría hasta el final, en las buenas y en las malas; aunque significara una carga para ella. Y eso lo aterraba, porque quería darle lo mejor y hacerla la mujer más feliz del mundo. También lo aterraba perder la imagen de hombre deseable, fuerte y capaz ante ella. Lo aterraba que la pasión muriera, y que algún día la lástima fuera lo único que la atara a él. Sí, lo que le decía Enrique había estado rondando su alma, solo que ahora se convertía en un espectro real. Y aunque le doliera, no podía sentir rabia hacia las palabras de aquel hombre. Lo miró a los ojos, sin dejar entrever todo el tormento que había removido, y le respondió con calma:

—No me gusta hablar de mis sentimientos con personas a las que apenas conozco, pero respeto el hecho de que eres el hermano de mi novia y te empuja tu preocupación por ella. No tengo el poder para controlar todos los obstáculos que puedan presentarse en mi vida y en la de ella; por ahora tengo un buen trabajo y poseo una fuerza de carácter y una madurez que, creo, garantizan que sabré enfrentarme a los desafíos del futuro. Creo también que en el amor y en la vida no hay certezas, y ella y yo solo descubriremos lo que lograremos juntos siguiendo adelante. Pero puedes estar seguro de que su felicidad será siempre mi prioridad, y te prometo que la ayudaré a que escoja el camino que más le convenga.

Enrique sonrió fríamente, pero con cortesía le dijo:

—Bueno, hermano... Puedo llamarte «hermano», ¿verdad? Yo he cumplido con expresar lo que a mi abuelo le preocupa y, ahora que te conozco, lo que a mí me preocupa. Lo demás, tienes razón: les concierne a mi hermana y a ti decidirlo.

Sin agregar nada más, ambos guardaron silencio por unos minutos. Acto seguido, Mika se puso en movimiento para que Enrique pudiera conocer la tienda principal. Se trasladaron en su vehículo al local, y una vez allí, su invitado mostró un genuino interés por cada diseño y compró varios artículos para su novia y su madre. Una hora después, lo dejó en el hotel y le deseó un buen viaje.

Agosto llegó, y en los primeros días, nubes de color cenizo amenazaban con descargar sus esponjosas barrigas sobre la ciudad, pero fueron amenazas vanas, porque el sol salía a conquistar el terreno perdido por las tardes, haciéndolas a un lado y brillando en todo su esplendor.

Tras la partida de Enrique, todo volvió a la normalidad; sin embargo, muy a su pesar, sus palabras se afianzaron en el alma de Mika, expandiéndose como una sombra determinada a cubrir por completo el sol en su corazón hasta dejarlo sumido en la tristeza. Enumeraba en su cabeza cada una de las limitaciones derivadas de su discapacidad y no dejaba de pensar en lo que significaría para Alejandra asumirlas toda la vida. Empezó a odiar sus rutinas de autocuidado para ir al baño y lo que tenía que hacer para remediar lo que ya no funcionaba bien, y hasta a avergonzarse de ello, como le había pasado durante los primeros meses después del accidente. Creía que ya lo había superado, pero era como un león al acecho. Dios sabía que la adoraba, y que quizá no sería capaz de renunciar a ella, cualesquiera que fueran sus miedos y sus celos; aun así, se sumía en una melancolía de la que no sabía cómo salir.

El tiempo avanzó y su aflicción se intensificó. Empezó a sentir que la acaparaba demasiado y que debía darle más espacio para que retomara las actividades que había dejado de lado para

estar con él. A ella le gustaba hacer pilates y no había vuelto a practicarlo por ir a nadar con él. Entonces, a pesar de que le había asegurado que le encantaba la natación, no le volvió a pedir que lo acompañara. Deseaba que pasara más tiempo con sus compañeras de piso; ella decía que las extrañaba, pero que como todas estaban tan ocupadas, no podían verse. No deseaba comportarse como la clase de hombre que ella tanto temía: hombres que cortaban sus alas y le impedían actuar con libertad. Por lo tanto, aquel fin de semana no le pidió que se quedara con él, como anhelaba.

Ese domingo, deprimido, recorrió cada rincón de su piso añorando su presencia. De pronto las paredes se cerraron en torno a él, ahogándolo hasta que, sin poder más, tomó su portátil, bajó al garaje, se acomodó en el asiento de su coche, introdujo la llave en el arranque y salió a la nublada mañana con intención de ahogar su negatividad trabajando en la oficina.

CAPÍTULO 40

Era mediados de agosto y el calor del sol rozaba con tímida ternura la ciudad. El aire ya olía a otoño. Los últimos días, las nubes densas y grises cubrían como fantasmas aviesos los rayos dorados, y las emociones de Alejandra corrían parejas al clima. Sensible como era, había notado que su novio atravesaba un periodo de profunda tristeza. Aunque intentaba disimularlo. Y no sabía qué hacer al respecto. Al principio, con ternura, le preguntó si le pasaba algo, y él, sin mirarla a los ojos, le había respondido que nada por lo que debiera preocuparse. Sabía, por haber crecido al lado de dos hermanos, que el género masculino no expresaba los sentimientos con tanta facilidad como las mujeres, pero le dolía que no se abriera a ella. Creyó entonces que demostrándole con sus acciones cuánto lo amaba sería suficiente hasta que él encontrara otra vez su estabilidad.

Pero se equivocó.

Impotente, observaba que Mika ya no bromeaba como antes y que no le pedía que lo acompañara a nadar. Quiso hablar con Minna, pero luego lo descartó. Todavía no tenía la confianza para compartir con ella confidencias. Se le ocurrió que quizá sufría una especie de depresión relacionada con su paraplejia, e intentó, con tacto, explorar las causas, pero se encontró con una pared. Se sentía tan rechazada y aislada de su corazón que, dándose por vencida, se dejó llevar por sus inseguridades y sus sentimientos de desesperanza.

Para su frágil autoestima, la única explicación razonable era que Mika se había cansado de ella. Atormentada, se repetía que era una locura, pero lo que le había dicho Enrique antes de irse empezaba a germinar en ella. Lo único que mantenía viva la llama de su ilusión era que su novio no había dejado de desearla. Una noche había ido a su apartamento para prepararle una deliciosa cena, y cuando se había arrimado para besarla, como siempre, cariñosa, Mika, con brusquedad, la había sentado sobre su regazo, desnudándola con impaciencia, y después se había dedicado a darle placer de una forma tan exquisita y pasional que, a pesar de disfrutarlo enormemente, la impactó. Era como si quisiera demostrarle cuánta satisfacción sexual podía prodigarle. Al terminar, la había besado con devoción, y cuando se sentaron a cenar, una vez más, se había atrevido a preguntarle si le ocurría algo malo, pero después de un largo silencio, le había respondido:

—Nada que no pueda solucionar; no quiero hablar sobre eso. Cuéntame, ¿cómo has pasado el día?

Los días que siguieron fueron más de lo mismo. No permitía que Alejandra le diera placer, dedicándose a proporcionárselo él a ella. Tuvo miedo de preguntarle si había pedido cita con el especialista que los asesoraría sobre el uso de inyecciones para la estimulación eréctil. Temía que pensara que ella no sentía placer y herir su sensibilidad masculina. Se sentía tan frustrada y tan sola que extrañaba a sus compañeras de apartamento, sobre todo a Xisca, con quien podía hablar en español. Samuel estaba ocupado en su trabajo y no quiso molestarlo. Además, no quería compartir con nadie algo tan íntimo sobre su pareja.

Aquel fin de semana, sintiendo que si no encontraba con quién hablar en su lengua, reventaría, decidió quedarse en su piso. Mika no le insistió, como siempre hacía, para que se quedara con él. Le dolió. Su cabeza entendía que él necesitaba de su espacio, de su soledad, pero el corazón, no, y se sintió profundamente herida.

La desconfianza en su alma estaba fuera de control. Suponía que para Mika la novedad de la

relación había llegado a su fin y que, por lo tanto, intentaba deshacerse de ella con diplomacia.

¿De verdad creía eso?

Ya no estaba segura de nada.

Su abuelo evolucionaba bien; su madre se había enterado de la gravedad de su enfermedad y supervisaba la dieta que debía seguir. Mientras tanto, Alejandra lo llamaba de vez en cuando. Conversaciones breves en las que intentaba tender un puente entre los dos. Él la escuchaba y le respondía sin la brusquedad acostumbrada. Era tanto el esfuerzo que hacía para no regañarla o criticarla que comenzó a abrirle su corazón de nuevo, si es que alguna vez se lo había cerrado. Sin embargo, no se engañaba: comprendía que sus mañas y su carácter aflorarían una vez que se sintiera menos vulnerable y volvería a la carga. De cualquier manera, lo quería, y deseaba que se recuperara. Se preocuparía por lo demás cuando estuviera fuera de peligro.

Sabía que tendría que ir a Colombia antes de la cirugía y que era hora de hacer las reservas. Esa era otra de sus mortificaciones: no quería alejarse de Mika en aquellos momentos y él no había vuelto a hablar de acompañarla. Su silencio y su ensimismamiento eran tales que no se atrevió a plantearle el tema. Muy en el fondo, creía que su viaje desencadenaría una respuesta decisiva de su parte, y temía que fuera la excusa perfecta para tomar una distancia definitiva de ella.

El domingo, alicaída, sintiendo que las paredes se cerraban y le impedían respirar —ya no se encontraba a gusto en su solitaria habitación, por no hablar de en su cama—, decidió ir al *ateljee* a trabajar. Necesitaba una actividad que la sacara de aquella tristeza.

Sacó fuerzas para levantarse y vestirse.

Cerró la puerta del edificio y el sonido retumbó entre el canto de las aves y la tímida luz del sol, que se colaba a través de la maraña de nubes grises. Sus pasos desganados se acoplaron a la melancolía del ambiente. Llegó a la parada del tranvía y se detuvo indecisa; quizá no era tan buena idea ir a la oficina, pero quedarse rumiando su aflicción mientras sus compañeras dormían tampoco lo era, así que se subió al transporte.

Minutos después, ante la enorme puerta, que, como una vieja amiga, le daba la bienvenida, pulsó el código y entró. Recorrió el corredor escuchando el ensordecedor silencio.

Le sonó a presagio.

¿Por qué pensaba tantas tonterías?

¿Por qué estaba segura de que el amor se iba y no sabía cómo retenerlo?

Paladeó el amargo sabor de la bilis mientras desviaba sus pasos hacia el *ateljee*.

La posibilidad de que Mika desapareciera de su vida le producía un dolor tan intenso, tan profundo que temía no poder soportarlo. Con desesperación, buscó en su corazón otra certeza distinta al desamor. Es que no podía creerlo. El recuerdo de sus besos mimando con ternura y adoración cada centímetro de su cuerpo descendió como espirales de aire por su columna vertebral y envió espasmos a su vientre, haciéndola sentir viva y enamorada. Cerró los ojos, trastabilló. El arrebató de su rostro y el brillo en su mirada, como corindones azules, cuando le demostraba cuánta satisfacción le producía darle placer, aún la sorprendían.

Pero quizá era demasiado. Aquel amor era demasiado bello para ser verdad, y esa parte herida que albergaba su alma creía que la relación se acercaba al final.

Sí, los hombres tenían muchas maneras de decir adiós.

De golpe, un murmullo proveniente de la sala de juntas la alertó. Alguien que había decidido trabajar también un domingo. El leve roce de una prenda y el tenue sonido de la voz de una mujer la hicieron detenerse. ¿Y si era una cita clandestina? Quiso volverse y salir corriendo, pero una fuerza extraña la apremiaba a descubrir lo que sucedía. Con pasos sigilosos, se aproximó a la

hebra de luz vertical que brotaba de la sala de juntas. Y entonces lo vio. La luminosidad artificial del salón eliminó toda incertidumbre y le mostró una dolorosa realidad: Sanna estaba sentada sobre las piernas de Mika, besándolo con pasión.

¿La abrazaba él?

Sí, lo hacía. Las manos de su novio constreñían con fuerza los brazos de ella.

Susurros al viento. Besos llenos de ternura. Y un corazón que se quebraba.

Apartó la mirada con la intención de alejarse, pero sus piernas se negaron a funcionar. Tenía que moverlas antes de que ellos la vieran. «Dios mío, ayúdame». Finalmente, sin saber cómo, sus pasos la llevaron hasta la salida, a la encapotada mañana.

Fuera el viento apagó la última llama de su alma y su corazón no dejó de agitarse de dolor.

Necesitaba llorar.

Necesitaba coserle un par de alas a esa pena y dejarla remontar el firmamento.

CAPÍTULO 41

Mika acababa de hacer una pausa para saborear una taza de café cuando recibió una llamada de Sanna. Sonaba alterada al explicarle que le urgía a hablar con él, así que le había dicho que podían encontrarse en la sala de juntas de la empresa.

Terminaba su segunda taza cuando el suave golpe en la puerta lo hizo levantar la cabeza.

—Pasa, Sanna. —La observó caminar hacia él.

—Hola, guapo, ¿cómo has estado? —Sonriente y cariñosa, se acercó para estamparle un beso en la mejilla. Lo miró de una forma tan intensa que se sintió incómodo—. Te he invitado varias veces a salir, pero ya no tienes tiempo para las amigas.

—Sí, bueno, Alejandra y yo no hemos tenido mucho tiempo para compartir con los amigos.

Le había hablado de su novia para dejarle claro lo que podía esperar de él. Nunca había tenido para con ella intenciones fuera de la amistad, pero en las últimas semanas se había mostrado tan insistente que había tenido que aclarárselo.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres café? —Pero ella ni se movía ni decía nada—. ¿Te sucede algo?

—¿Perdón?

—Me decías por teléfono que necesitabas que te ayudara con algo muy delicado.

Lo miró con fijeza, y Mika se preguntó si recibirla en esa soledad había sido una buena idea. Era su amiga y no quería ocasionarle daño haciéndola a un lado, pero su relación con Alejandra empezaba a consolidarse y no quería que hubiera malentendidos entre los dos. Sopesaba la manera de decirle con tacto que estaba muy ocupado cuando, de repente, Sanna se sentó sobre su regazo y empezó a besarlo con pasión. Apenas recuperándose de la sorpresa, Mika asió los brazos de Sanna en un esfuerzo por apartarla, pero ella se aferraba con fuerza. Echó hacia atrás la cabeza para que comprendiera que no deseaba besarla, y la silla de ruedas chirrió como el quejido de un animal herido. Comprendiendo por fin que la estaba rechazando, se detuvo y lo miró con tristeza.

Avergonzado, Mika no supo qué decirle. Aunque la verdad debía prevalecer por mucho que doliera.

—Lo siento, pero creo que... esto no es una buena idea. —La instó a que se levantara.

Con torpeza, la rubia se sentó en una silla y se echó a llorar. Oh, no, no. Eso no, maldita sea. No sabía qué hacer cuando era el causante del llanto en una mujer.

—Lo siento, Sanna, yo —se pasó la mano por la cabeza, desordenando sus cabellos— aprecio tu amistad, pero nunca pretendí que tú y yo...

—¿Por qué no? Estoy enamorada de ti.

—Pero yo no te quiero de esa manera.

—Oh, Dios mío —se rio casi con histeria—, me siento tan avergonzada. Perdóname, no puedo creer que saltara así sobre ti.

—Escúchame, cariño, eres una mujer hermosa, interesante y divertida. Aprecio y agradezco los momentos que compartimos, pero en el amor las cosas son más..., digamos, complejas. Es el corazón quien elige, y el mío ha elegido a otra mujer.

—Lo siento, me lo has dicho de muchas formas, pero quería... Supongo que quería hacer un último intento.

Silencio.

Mika carraspeó.

—¿Quieres una taza de café? —Se sintió un estúpido insensible, pero no supo qué más decirle.

—No. —Se levantó—. Creo que es mejor que me vaya. Sé feliz. —Y sin agregar otra palabra, se fue.

Eran las seis de la tarde cuando, cansado, abandonó la oficina y condujo por las solitarias y silenciosas calles en dirección a su piso. Cuando llegó, dejó las llaves en la mesa del recibidor e intentó comunicarse con Alejandra. La había llamado varias veces aquel día y se había tropezado con el buzón de voz. Revisó por enésima vez su móvil y no encontró ni mensaje ni llamada perdida de su parte. Le pareció muy extraño. Le envió una nota donde le pedía que lo llamara tan pronto como pudiera y, mientras esperaba una respuesta, encendió la sauna y preparó cena para dos. A lo mejor querría comer con él.

Cuando el baño de vapor estuvo caliente, entró y dejó el *smartphone* cerca por si sonaba. Permaneció dentro media hora, y se estaba vistiendo cuando recibió unas palabras de ella, en las que le decía que estaba en el cine con Xisca y que luego cenarían fuera. Se desilusionó, pero lo entendió.

Antes de irse a dormir, le deseó buenas noches. Ella no le contestó. Extrañado y preocupado, reprimió las ganas de pedirle que, cuando llegara a casa, lo avisara para asegurarse de que había llegado bien. No quería asfixiarla. Salía con su amiga y quizá se divertía tanto que no tenía tiempo de leer el móvil. Punto.

Al otro día, cuando llegó a su oficina, lo primero que hizo fue buscarla, pero no la encontró en el cubículo ni en el *ateljé*. Suspirando, se encaminó a su despacho, donde su cita ya lo esperaba. Se sumergió en el trabajo hasta que, a las diez de la mañana, bajó de nuevo a por ella. No la vio en ninguna parte. Inquieto, le preguntó a Matti, y este, sorprendido, le dijo:

—Pensé que lo sabías: llamó para avisar de que estaba enferma y que no vendría hoy a trabajar.

Muy preocupado, intentó comunicarse con ella, pero saltaba el buzón de voz. ¿Tendría algo grave? Insistió; de nuevo el buzón. ¿Estaría visitando al médico? Le mandó un mensaje:

Enviado por Mika:

Amor mío, estoy muy preocupado. ¿Dime qué tienes? ¿Puedo ir a verte? ¿Por qué no contestas mis llamadas?

El silencio fue lo único que recibió de ella. ¡Maldita sea! Iba a cancelar sus asuntos pendientes para ir a verla cuando entró un mensaje. Le decía que tenía una fuerte jaqueca y que solo necesitaba descansar. Más tranquilo, le aseguró que por la tarde pasaría a visitarla y que lo llamara en caso de necesitar algo, pero su respuesta no fue alentadora.

Enviado por Alejandra:

Gracias. Preferiría que no vinieras, quiero estar sola y descansar.

Sorprendido con sus palabras, no supo qué hacer. Era como si no quisiera hablar con él. ¿Pero por qué? Dolido, se exprimió los sesos cavilando si había dicho o hecho algo que la hubiera podido ofender. ¡Maldita sea!

Sin querer presionarla más, se concentró en su trabajo.

Frustrado y decaído, al final de la tarde se fue a nadar. Tras cenar, le envió un mensaje de buenas noches y le preguntó cómo seguía.

Silencio.

Muy enfadado, se fue a la cama. Le parecía ridículo que se escondiera así. ¿No se suponía que

eran una pareja y que debían dialogar? Bueno, pues no podía ocultarse para siempre. Al día siguiente iría al trabajo y, le gustara o no, tendrían que hablar.

El martes, ella tenía el turno de tarde, por lo que se armó de paciencia toda la mañana y, un poco antes de las dos, bajó y la esperó en el corredor. Se sintió como un estúpido, porque no apareció. Seguro que aquel día tampoco se presentaría. Le dolió. Ya no le quedaba ninguna duda de que todo tenía que ver con él. Entró en la oficina y se zambulló en sus numerosas actividades, muy enfadado con ella. Aunque también estaba angustiado. ¿Qué hacía? Era una mujer responsable, y seguro que daría una buena explicación por faltar dos días al trabajo.

¿Por qué diablos no era capaz de decirle en su cara lo que pasaba?

¿Sería que ya no quería estar con él?

No. Esa no era la razón, ella lo amaba. Alejandra era una mujer transparente, y todo en ella se lo manifestaba. Pues bien, iría a su casa y no se marcharía hasta que lo recibiera. Llamó a Tommi para cancelar las reuniones que tenía a continuación.

—Dime, jefe.

—Cancela todo lo que tengo en mi agenda esta tarde.

—Muy bien...

Y ante el titubeo en la expresión de su amigo, lo instó a hablar:

—¿Sí?

—Supongo que ya está en Alemania, ¿verdad?

Sintió que su alma se desplomaba a los pies, con estruendo y todo.

—¿Perdón? —Parpadeó con rapidez—. ¿De qué me estás hablando?

—De Alejandra... Tenía entendido que salía con su hermano esta mañana para alcanzar una conexión a Colombia.

La tierra se abrió y lo engulló. Su desconcierto debió de ser muy evidente, porque Tommi se apresuró a aclararle:

—Lo siento, jefe, pensé que lo sabías. Su-su abuelo murió... Ella me llamó ayer por la noche y me dijo que salía para Frankfurt con su hermano hoy por la mañana. Intentarían alcanzar el vuelo de Lufthansa de la tarde, directo a Colombia, pero si no lo lograban, buscarían otra conexión.

Su abuelo había muerto. ¡Dios mío! Y no se lo dijo. El dolor fue como un golpe sordo en pleno pecho, y después, como una onda expansiva que se extendió por todo su cuerpo, dejándolo bloqueado.

Tommi se mostraba abochornado.

—Lo siento, jefe, pensé que lo sabías... Yo...

Deslizó su silla de ruedas hasta la ventana y se quedó mirando las familiares techumbres sin verlas, en realidad.

—Hemos tenido un malentendido —confesó triste. ¿Qué más podía decirle? Ni él mismo sabía lo que pasaba.

—Todas las parejas lo tienen. Lo superarán. Ahora lo importante es cómo se debe de sentir; debe de estar muy aturdida.

Se giró hacia él.

—Es cierto. Lo que importa ahora es cómo lo está tomando. Intentaré comunicarme con su hermano. Localízame el teléfono de su casa en Colombia, por favor. Y si es posible, el de su otro hermano, Enrique. El de la oficina, o el de cualquiera que me pueda informar de lo que está pasando.

—Bien, jefe.

—Gracias.

No era momento de pensar en su dolor ni en las razones por las que su novia quería distanciarse de él. Lo que importaba en ese instante era la pérdida que acababa de sufrir Alejandra. Estaba seguro de que estaba devastada. Ella amaba a su abuelo. Lo temía, pero lo amaba. Lo que lo desesperaba era no poder consolarla. Quería estrecharla entre sus brazos y decirle que... la adoraba y que... ¿Pero qué diablos importaba? Ella quizá no lo necesitaba. Desanimado, quiso mandar al infierno todo y seguirla a Colombia, pero no la presionaría así. Mucho menos frente a su familia y en las actuales circunstancias. Lo que lo tranquilizaba era que estaba con los suyos y con Samuel, que era un buen hermano. A él le tocaba tener paciencia, y para eso era muy bueno.

Paciencia a que llegara el momento adecuado para actuar.

Intentó comunicarse con Samuel, pero tampoco le contestó. Le dejó mensajes, preguntándole cómo estaba Alejandra, pero no dio señales de vida. Desmoralizado y triste, habló con uno de los ejecutivos en las oficinas de Nokia, un amigo de Mika, quien, como un favor especial hacia él, consciente de su discreción y de los lazos que lo acercaban a Samuel, le corroboró que este había salido para Colombia al funeral de su abuelo y que no había dicho cuándo regresaría. Ni que decir que Enrique tampoco le respondió. Y en Colombia, la secretaria del señor Pablo Quijano solo pudo atender en inglés su saludo.

Frustrado, se paseó en la silla de ruedas como alma en pena por todos los rincones de la oficina hasta que tomó una decisión. Le escribiría. Le expresaría todo su amor y su apoyo en un mensaje. No le importaba poner el corazón a sus pies. ¿Acaso cuando se amaba cabía el orgullo?

Lo que ella deseara hacer con eso estaba fuera de su control.

Enviado por Mika:

Amor mío, siento muchísimo tu pérdida. Sé cómo debes de sentirte en estos momentos, o quizá no lo comprendo en toda su dimensión. De lo único que estoy seguro es de que, si pudiera cargar con tu dolor para que todo fuera más fácil para ti, lo haría. Deseo tanto estrecharte entre mis brazos y besarte mientras te digo al oído que ese dolor un día se irá... Aquí me tienes, esperando por cualquier palabra tuya que me diga si deseas que vaya hasta Colombia para estar contigo.

Te amo, no sabes cuánto.

Tuyo, Mika.

CAPÍTULO 42

El fuerte sol de la mañana lastimaba sus ojos, y el aroma del aire le sabía a grama fresca y a asfalto de ciudad. Alejandra se escondía en un rincón del pequeño balcón que custodiaba su antigua habitación en el apartamento de su abuelo.

Su abuelo...

Deslizó sus ojos tristes sobre los tejados y los edificios rodeados de jardines verdes y piscinas azules...

Se había ido.

Eso era lo que más le gustaba de esa parte de Cali, la gran cantidad de naturaleza que convivía alegre con el gris y con la polución...

Para siempre.

Flotaba en una bruma gris de la que tenía miedo de salir, porque si lo hacía, se derrumbaría. Aún no era capaz de dimensionar todo el dolor que experimentaba. Se secó la lágrima solitaria que rodaba por su mejilla. Estaba exhausta; el martes por la tarde habían conseguido un vuelo y, gracias a Dios, no habían tenido que quedarse a pasar la noche en Frankfurt. Habían llegado a Colombia el mismo martes por la noche, ya que su país iba nueve horas por detrás del horario alemán. Justo para asistir al funeral, que se celebraría aquel miércoles por la tarde.

Un hombre tan activo y tan poderoso; sin embargo, su corazón no aguantó. La muerte fue lo único que lo venció. Y él lo había sabido. La única vez en que realmente había percibido su gravedad y no se había quejado. Por eso le había hablado sin la dureza que acostumbraba durante los días pasados. No se despidió de ella.

Lloró. Lloraba por lo que nunca pudo ser y porque, a pesar de todo, jamás habría estado lista para verlo partir. El cariño que sentía se quedaría atorado en su ser. Sin puertas ni ventanas por donde salir. Encerrado para siempre en la vehemente necesidad de que fuera correspondido. Enderezó sus hombros, sorbió por la nariz, respiró hondo y limpió cualquier vestigio de lágrimas en su rostro. Atravesó el cuarto y se dirigió a la sala.

En la amplia y elegante estancia, se unió a su madre y a Samuel, quienes, incansables, recibían a todas las personalidades de la ciudad: políticos, comerciantes, empleados y amigos del abuelo que llegaban para ofrecer sus condolencias. La habitación estaba desbordada con las flores y las voces de la gente, mientras Rosita no daba abasto sirviendo café.

Samuel la besó en la frente.

—Salgo para la funeraria.

Alejandra asintió, tratando de sonreírle.

—Nos vemos en la tarde.

Su madre y ella se encontrarían con él y con Enrique en el centro, donde se celebrarían los servicios funerarios, y de allí saldrían con el féretro hacia el cementerio. Intentó mantener la cabeza erguida y atender a aquella vorágine de personas a las que no conocía o a las que hacía mucho tiempo que no veía. Contempló los numerosos rostros, sin verlos en realidad, mientras evitaba pensar en otra ausencia que devoraba su alma. El vano anhelo de tener a Mika junto a ella en aquellos instantes se entrelazaba con la rabia y la desilusión que sentía. Había apagado su *smartphone*. No quería escuchar su voz ni leer sus condolencias. En sus mensajes del domingo y el lunes había percibido su desconcierto, y por un segundo se había preguntado si no se habría equivocado. Pero no. Estaba segura de lo que había visto, y la imagen de Sanna y él besándose la

desgarraba.

Horas después, su madre y ella hicieron un esfuerzo por almorzar. No tenía hambre, pero debía guardar su energía para afrontar lo que seguía. Salieron para la funeraria. Cuando llegó allí, se encontró con sus amigos de la universidad y con su gran amiga Adriana, quien se le acercó y la abrazó. Agradeció las cariñosas palabras de consuelo de todos, comprendiendo cuánto había extrañado el calor de su gente.

Al caer la tarde, los rayos del sol corrían detrás de la fila de coches que escoltaban el féretro. Alejandra, Marisela y Rosita iban en el que conducía Samuel. Avanzaron con lentitud entre el espantoso tráfico del centro de la ciudad hasta tomar la autopista en dirección al sur. Una hora después, o quizá más, discurrieron por una zona llena de amplios tramos verdes entre numerosas edificaciones que mostraban el pujante desarrollo de la periferia de la ciudad. Más adelante, avanzaron por un camino estrecho, poblado a lado y lado de hermosos *chalets* con grandes jardines. De pronto, disminuyendo la velocidad, su hermano giró a la derecha para atravesar las puertas abiertas de un cementerio. Estas, como guardianes afligidos, les dieron la bienvenida. El automóvil continuó por una larga calzada, entre parcelas de una cuidada grama y las flores que decoraban las tumbas. Finalmente, se detuvo en un rectángulo asfaltado.

Se bajaron, y en silencio llegaron al sepulcro donde descansaría el cuerpo del abuelo. Como él lo había querido. Siempre dijo que no deseaba ser cremado.

De pie, con las lágrimas escurriéndose por sus mejillas, contempló cómo el féretro bajaba con lentitud. Las saboreó con sus labios y apretó los dientes mientras sentía que un enorme peso le aprisionaba el pecho. Finalmente, con una sonrisa triste, aceptó la realidad y murmuró un adiós.

No sería para siempre; después de todo, su abuelo era parte de su alma.

¿Cómo podía quererlo tanto si le había hecho tanto daño? No lo sabía. Los límites entre el amor, el rencor y el dolor en una relación filial de maltrato eran tan difusos y confusos que solo quien lo sufría podía comprenderlo. Cuando se alejó y trabajó en sí misma, pudo entender y aceptar que él era tan solo un hombre desdichado y prisionero de su propio desamor. Fue entonces cuando encontró el camino del perdón.

El féretro tocó tierra, y la mano de su madre la apretó con fuerza. Samuel le estrechó la otra.

«Estoy segura de que algún día te veré otra vez, abuelo».

Cuando todo terminó, contempló a Enrique, serio y triste, al lado de su bonita y elegante novia. Sintió pena por aquella mujer que se aferraba a él como si no hubiera más hombres en el mundo. Y sintió dolor por su hermano. Comprendía que había perdido al único ser al que idolatraba. Se desprendió de su madre y de Samuel y se acercó titubeante a la pareja. Con ternura, lo abrazó, y él la abrazó a su vez. Echaba de menos a ese chico que le traía caramelos del colegio, pero dudaba de que regresara. ¿Había sido Enrique alguna vez un niño inocente? Sí, y no tenía la culpa de ser como era; a diferencia de Samuel y de ella, no había tenido la oportunidad de escapar. Era el primogénito, y sobre él recayeron todas las expectativas y la educación del abuelo.

El abrazo se disolvió, y Alejandra se dirigió con su madre y Rosita hacia el automóvil, seguidas por Samuel. La fuerza del sol le hacía daño en la piel y el sofocante calor la abrumaba. Respiró con alivio el aire acondicionado del coche, añorando el tímido sol de Helsinki. El hogar estaba donde estaba el corazón, y este se había quedado con Mika. Sí. Aunque se odiara por querer correr hacia él sin importarle recibir una explicación.

No quería ser el tipo de mujer que por amor a un hombre olvidaba el respeto que se debía a sí misma, pero no podía evitar añorarlo con todo su ser.

Encontraría la forma de salir adelante.

Llegaron a la casa, y el aroma a comida y a flores de cementerio le hizo sentir deseos de

vomitara. Se dirigió a su habitación.

—Aleja. ¿Quiere comer algo, *mija*?

La voz melancólica de su progenitora la detuvo.

—No tengo hambre, mamita, gracias.

Quería estar sola. Su madre asintió, y ella se refugió en su viejo cuarto. Se abrió paso entre las cajas llenas de libros y materiales, que había llevado después de haber entregado el apartamento que alquilaba antes de irse a Finlandia, y, alicaída, se sentó en la cama.

Un toque en la puerta la sobresaltó.

—¿Sí?

Su madre entró con un sobre en una mano y un cuadro en la otra.

—Tenga, *mija*... Su abuelo me dejó esto para usted. —Le entregó el sobre.

—¿Qué es?

—No lo sé. Papá me lo dio una noche y me dijo que cuando volviera a Colombia, se lo entregara. Y esto también. —Le tendió la pintura.

Contempló el óleo, que revelaba la hermosa silueta de una niña regordeta sentada en el alféizar de una ventana. Tenía un cuaderno en su regazo y varios lápices de colores esparcidos alrededor de sus piernas dobladas. Miraba hacia lo lejos, como si memorizara el paisaje que dibujaba. Cuando escuchó el clic de la puerta al cerrarse, depositó el cuadro sobre la cama con suavidad y abrió el sobre. La bonita caligrafía de su abuelo hizo que su corazón se encogiera de dolor.

Muchacha:

Se acerca el final, lo presiento, lo sé, y si no alcanza a llegar, quiero que reciba este cuadro que compré para usted en uno de mis últimos viajes a Miami. Lo encontré en una exposición de una joven promesa colombiana; una mujer y una artista como usted. La niña me la recordó cuando era pequeña y se escondía por los rincones de la casa, con sus papeles y sus colores, dibujando todo lo que había a su alrededor.

No me arrepiento de la vida que llevé; fui lo que estaba llamado a ser. Pero sí hubo una cosa que habría querido realizar en mi vida si alguien me hubiera dado la oportunidad y, tal vez, si no hubiera sido tan pobre como una rata y calmar el hambre en mi estómago no hubiera sido mi prioridad. Me habría gustado ser un artista. Sí. Es que hasta risa me da confesárselo. Eso no da para comer, a menos que sea uno un genio, y yo no lo era. Y de todos mis nietos, usted fue la única que me enfrentó, con todo el coraje con que siempre enfrentó todo, para decirme que quería estudiar arte. Por eso pensé, después de todo, que se merecía una oportunidad y apoyé su carrera.

Su abuelo

Pensó que ya nada con respecto a él podía dolerle más, pero se equivocó. Su amor por ella estaba ahí, diminuto y fugaz, como una gota de lluvia que se deshacía al querer atraparla. Como le había confesado: el hambre en su vida había sido más fuerte que el amor. Sus posesiones y su prestigio habían sido lo primero para él. El amor era un sentimiento más complejo de lo que había pensado, y el cariño de una persona rota lo era todavía más. Sabía que su abuelo había sufrido muchísimo en su infancia. Carencias emocionales y miseria; un padre duro y frío y una madre atemorizada y esclava de lo que la sociedad le dictaba a la mujer de aquella época. ¿Cómo podía esperar ella que él fuera diferente? Era verdad que todos tenían la opción de escoger cómo amar y cómo vivir. Desgraciadamente, esa era una ardua tarea que se aprendía solo después de cometer muchos errores y...

Su abuelo había elegido.

Su madre había elegido.

Ella había elegido.

El único afecto que le había demostrado eran aquel cuadro y esa carta. Los atesoraría siempre. Eso, y las últimas conversaciones que mantuvieron por teléfono. Especialmente la última, en la que ella se había atrevido a decirle:

—Te quiero, abuelo.

Sin rencores, sin dolor.

Él no había respondido. No lo esperaba, pero sí le había dicho con suavidad:

—Llámeme mañana, muchacha, ¿quiere?

Esperaba que, donde estuviera, descansara por fin en paz.

El jueves siguiente no tuvo tiempo para afligirse. Estuvo todo el día ayudando a Samuel con los asuntos que el abuelo había dejado pendientes en las haciendas de las que era propietario, mientras Enrique se hacía cargo de los negocios en Cali y de todo lo relacionado con el ingenio. Lo más importante fue elegir a la persona idónea que ayudaría a su hermano mayor cuando ambos regresaran a Helsinki. Samuel retornaría el sábado, y ella se quedaría otra semana con su madre.

El viernes, se despertó con el canto de los pájaros que se colaban por la ventana; por un momento, extendió su mano buscando un cuerpo cálido y una forma de respirar conocida, pero al acordarse de dónde estaba, sintió un dolor tan profundo y tan desgarrador que quiso quedarse todo el día hecha un ovillo llorando en su cama. ¿De dónde iba a sacar las fuerzas para volver a verlo? Estuvo tentada a tomarse libre el mes que Tommi le había propuesto, pero no, aunque se odiara, no quería estar tanto tiempo lejos de él. Además, deseaba regresar a su trabajo y a las clases en la universidad, que comenzarían en septiembre; no quería faltar a ninguna. Desanimada, se duchó y se vistió.

Entró en el comedor y encontró a su madre desayunando.

—¡Buenos días, *mija*!

—¡Buenos días, mamita!

—Ya le sirven, siéntese.

—Solo quiero café.

Su madre asintió, sin presionarla.

—¡Buenos días, niña! —Rosita entró con una jarra de café y otra de leche y las colocó sobre la mesa.

—¡Buenos días! —Se acercó a la empleada, que más allá de ser amiga de su madre, había sido su nana, y la besó con cariño en una de sus arrugadas mejillas.

Tomó la taza humeante, la llevó con ella al amplio balcón que rodeaba el comedor y se acomodó en una de las sillas. Mientras bebía, contemplaba las grandes macetas con los exuberantes helechos que su madre cultivaba. Se dejó envolver por el perfume vivo y fresco de la naturaleza colombiana. Al oeste, el sol abrazaba las altas montañas verdes que se erguían misteriosas y densas. ¿Cuántos secretos ocultaba esa salvaje floresta?

Marisela entró y se sentó en silencio a su lado. La brisa levantó algunos mechones negros salpicados de canas y acarició la dulce sonrisa que le dirigió a su hija.

—No es solo por la muerte de su abuelo su tristeza, ¿verdad?

Su madre la conocía muy bien, o quizá las mujeres comprendían, con solo una mirada, cuándo el amor de un hombre las martirizaba.

—No... —Su voz se quebró.

—Pues váyase ya y regrese a él.

—No es tan fácil, mamita, creo que...

Y le contó lo que vio. Se lo había contado a Samuel en el avión, pero era agradable poder

hablarlo con otra mujer, con su mejor amiga después de todo.

—*Mija*, si hay algo que he admirado en usted, es el coraje que le pone a todo, ¿por qué no le pregunta? Yo creo que debe haber una explicación diferente para lo que vio. No huya de la verdad.

Alejandra la miró sorprendida. La madre que había sufrido un gran desengaño en el amor y que había tenido una vida tan difícil, ¿le decía aquello?

—No lo conozco bien —continuó—, pero, por todo lo que me ha contado, ha hecho mucho por usted, y creo que un hombre así, maduro y equilibrado, no va a echar a perder una relación por un devaneo rápido con otra mujer.

—No lo sé... Quizá tengas razón, pero no quiero ilusionarme. Él ha estado tan raro últimamente que lo que creo es que quiere terminar conmigo, y no sé si podré soportarlo.

Marisela tomó una mano de su hija.

—Usted es muy valiente, y me siento muy orgullosa. Yo sé que no pude ayudarla todo lo que habría querido, pero el gran regalo que Dios me dio fue verla cortar sus cadenas. Sé que... la desilusioné, a usted y a Samuel, porque nunca me enfrenté a papá, pero... No pretendo justificarme, pero era algo superior a mis fuerzas. Al principio tuve mucho miedo y vergüenza, lo desafié por un hombre que no valió la pena y me encontré sola con tres hijos en un país donde no tener dinero es muy duro, sobre todo para la mujer. ¿Quién me los iba a respetar si no tenía un hombre a mi lado? Y yo quería lo mejor para ustedes. La mejor educación que papá podía darles. Deseaba que fueran libres y que pudieran hacer con sus vidas lo que escogieran. Sobre todo, usted, la única mujercita. No quería que le pasara lo que a mí. Quería que estudiara para que se valiera por sí misma y no tuviera que casarse si no era su deseo.

—Lo sé, mamita, lo entiendo... —Alejandra sorbió por la nariz; no quería llorar más, pero parecía que no podía evitarlo. Además, aquella era una conversación con su madre largo tiempo anhelada. Se justificaban miles de lágrimas.

—Y después, no quise ser una carga para Samuel y usted, ¿qué me ponía yo a hacer?, ¿quién me iba a dar trabajo? Si dejaba esta casa, habría tenido que vivir de la caridad de ustedes dos. No —sacudió la cabeza—, les habría arruinado la vida al obligarlos a hacerse cargo de una vieja inútil como yo.

—No lo creo, mamita. Solo necesitabas apoyo, como una vez yo lo necesité... Te sientes así porque eso fue lo que él siempre te dijo, pero... uno nunca sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta.

Su madre la miró con dolor.

—Qué sé yo, *mija*; puede que tenga razón, pero pensé que ya era demasiado tarde para mí. Además, yo le prometí que, si los dejaba en paz, a Samuel y a usted, nunca lo abandonaría. Aunque eso no le impidió hacer sus tretas sin que me diera cuenta. Una de ellas fue enviar a Enrique e intentar traerla de Finlandia.

—¿Qué quieres decir?

—Que me pareció muy raro que Enrique fuera a visitarla, y más raro aún, con Salomón. Sé que es mi hijo, pero lo conozco, y no toma decisiones que no tengan un fin. Tuve miedo de que papá lo hubiera enviado para meterle a usted ideas en la cabeza de que debía regresar, y, de paso, que tuviera una descortesía con su novio.

—¿Tú crees? —Levantó los hombros, restándole importancia—. De todas maneras, Enrique se comportó conmigo como acostumbra, y con Mika fue... digamos que cortés. En cuanto a Salomón, su presencia no fue importante para ninguno de los dos, si te soy sincera.

—Bueno, eso me alivia, pero... —La miró a los ojos—. Vuelva con su novio, *mija*, y aclare

las cosas.

—Pero tú...

—No se preocupe por mí, yo estoy bien, Rosita me cuida. Papá me dejó este apartamento, y ahora que soy la dueña, puedo hacer lo que quiera con él. Quizá lo venda y me compre dos más pequeños. Puedo vivir en uno y poner el otro en alquiler. Enrique se casará pronto, y creo que ahora que su abuelo no está, se mudará a su apartamento. Su abuelo lo dejó a cargo de todo, y, eso sí, en eso es muy bueno. Así que, como ve, no me faltará nada. Váyase, *mija*, viva la vida como desee, que es muy corta y solo tenemos una.

Alejandra le sonrió con una dolorosa alegría.

—Gracias, mamita; podrías visitarme, ¿sabes?

—Sí, me gustaría conocer ese país; podría ir con Rosita.

—Me encantaría tenerlas a las dos por allá. —La abrazó con fuerza.

Con el corazón en un puño, se levantó. Quería saltar, correr y volar hacia Finlandia. Samuel, que entraba en esos momentos, le ofreció una dulce sonrisa.

—¡Buenos días, *enana*!

—Quiero irme contigo el sábado.

—Sabía que me dirías eso, por eso le pedí a Raúl que hiciera una reserva para los dos. Le pediré que las confirme.

Se dirigió a su cuarto, abrió el cajón de la mesa de noche y sacó su *smartphone*. Lo puso a cargar mientras hacía la maleta. Cuando lo pudo encender, sintió que su cuerpo se paralizaba al descubrir los dos mensajes que Mika le había enviado. Con manos temblorosas, los abrió, y a medida que los leía, no paraba de llorar.

Enviado por Mika:

Amor mío.

Necesito decirte que te extraño, que te añoro con cada pedazo de mi ser. Me estoy ahogando en el dolor que tu silencio me causa. No quiero pedirte nada en estos momentos tan difíciles para ti. Solo quiero que sepas que te estoy esperando y que te esperaré siempre.

Tuyo, Mika.

Sintió que su alma se fracturaba en miles de moléculas; las vio rodar y perderse por todos los rincones de su cuarto con la sensación de que jamás las juntaría otra vez. Nunca quiso lastimarlo. Su dolor era el dolor de ella también. Su madre tenía razón: debía ir y afrontar con él la verdad. Tenía que haber otra explicación para lo que vio. No podía creer que el amor que palpaba en esos mensajes fuera una mentira. ¿Entonces por qué? No importaba. Si algo había aprendido con la muerte de su abuelo era que, mientras hubiera vida, no se debía desperdiciar ni un día para decir un «te amo». Y ella amaba a Mika, tanto que ya no le importaba lo que había visto. Si tenía que perdonar esa debilidad, pues lo haría.

Saldría para Helsinki en el primer vuelo que encontrara.

CAPÍTULO 43

Julio se había ido, el mes de agosto estaba a punto de llegar a su fin, y su corazón no había dejado de sangrar. Con pasos cansados, Xisca recorría la zona peatonal de la bahía de Töölö, que, como una serpiente, zigzagueaba a lo largo del parque Hesperia. Miraba sin interés el mar, a la izquierda, y el verde y los colores de la naturaleza, a la derecha. Hacía un mes que Samuel le había confesado sus sentimientos. Un mes en el que había cumplido lo que le había prometido: que no la volvería a molestar. Levantó la cabeza al escuchar el graznido de las gaviotas alzando el vuelo, y la luz del sol la encegueció. Sacó sus gafas y se las puso. Desanimada, continuó caminando. Los corredores y las parejas que sacaban a pasear a sus hijos y a sus mascotas la adelantaban, y la felicidad que contemplaba en sus expresiones la hería. La hería, como le dolía que Samuel hubiera roto su otra promesa: que seguiría siendo su amigo. No había vuelto a visitarla.

«¿Y qué esperabas? Desnudó su corazón ante ti y tú no haces nada».

Era una cobarde. Una amargada. Una...

Estaba hecha un lío. Había visitado Suecia y no había sido capaz de viajar a Copenhague sin él.

Sus padres la habían visitado una semana, y mientras fue su guía, se distrajo un poco, sin embargo, tras su partida, no levantaba cabeza. La capa helada bajo la que se había guarecido durante más de dos años se derretía entre las lágrimas que derramaba por las noches. La hibernación de su alma había terminado. Por un lado, se alegraba, pues se sentía completa otra vez, pero, por el otro, la vulnerabilidad y el dolor que experimentaba eran difíciles de sobrellevar.

Lo que más le consternaba era darse cuenta de cuánta rabia había acumulado contra sí misma. De cuánto se había castigado por haberse equivocado con Juan. Y ya era hora de que se perdonara. Era un ser humano falible, como todos, y tenía que aceptar que los desengaños y las traiciones formaban parte del proyecto del amor. Amar conllevaba riesgos y debía asumírselos como la mujer madura que era.

Anhelaba ver a Samuel y explicarle todo lo que sentía.

Anhelaba abrazarlo y besarlo. Quería arriesgarse con él.

Pero se había ido con Alejandra a Colombia. Su abuelo había muerto. Tía se lo había dicho. Su dolor se incrementó cuando supo que no fue a ella a quien había acudido. A pesar de eso, le había enviado un cálido mensaje de condolencia, al que él había respondido. Eso era lo que más la afligía, la dulzura con que le había contestado. Le había preguntado cómo estaba, y si sus padres la habían visitado. No podía creer cuánta nobleza guardaba aquel hombre.

Había llorado toda la noche después de leer y releer sus palabras.

Era hora de bajarse de aquel pedestal de orgullo en el que se había parapetado por temor a que la dañaran y hacer algo por ese amor que comenzaba a nacer.

Él valía la pena.

De pronto, una fuerza liberadora la estremeció. Su sonrisa resplandeció por encima de las parejas cogidas de la mano y de los arbustos salpicados de hortensias al mismo tiempo que dejaba que el aliento marino entrara en sus pulmones y se llevara el último vestigio de duda.

Con la esperanza golpeándole en el pecho, se dirigió a la calle Mannerheimintie y buscó la parada del tranvía.

Necesitaba regresar a casa.

Caía la tarde cuando llegó a su piso. Le dio un beso a *Duquesa* y se dirigió a su dormitorio. Se sentó sobre la cama, con el ordenador en su regazo, y lo encendió. Y mientras la gata jugaba con el dobladillo de su blusa, le escribió un correo a Samuel.

De: xis23mora@es.com

Para: samueldiazquijano@nokia.com Asunto: Confesión

Querido Samuel:

Quizá haya sido una necia. Quizá haya sido cruel y tonta por no haberme atrevido a abrirte mi corazón; por no haber tenido el coraje de recibir lo que me ofreciste y de devolvértelo. Pero basta de cobardías. Quiero demostrar el mismo valor que tú has tenido. Y aquí estoy, confesándote mis miedos y mis deseos en esta carta.

He tardado en sanar mis heridas. He tardado en asumir mis errores; en perdonar y perdonarme. Supongo que mi gran pecado es ser una persona demasiado apasionada y orgullosa. No hago nada a medias. Cuando me enamoro, lo doy todo y quiero lo mismo a cambio. Como una vez lo hice. Pero me equivoqué y me odié por ello. Le entregué mi amor y mi devoción a un hombre que no los merecía y que nunca me quiso. ¿Cómo podía saberlo si crecí con él? Fue el compañero de mis juegos infantiles, el que me robó el primer beso y me regaló la primera flor. Mi mejor amigo, y creí que jamás sería capaz de hacerme daño. Pero lo hizo.

Cuando rompió conmigo, se transformó en un desconocido. Se deshizo de mí como se tira un zapato viejo que ya no se necesita. Me dijo cosas tan crueles que destruyó la fe en mí misma y en el amor. Tambaleó todo mi universo, y para sobreponerme al dolor, dejé que la rabia me invadiera. Me castigué por haber sido tan ingenua congelando mis sentimientos hacia cualquier otra posibilidad de afecto en una relación.

Sin embargo, por fin he comprendido que aquella chica debía crecer, y que mi exnovio era tan solo un pobre hombre, con defectos y debilidades, buscándose a sí mismo, como yo. Supongo que eso forma parte del gran proyecto del amor: conocernos a nosotros mismos, aunque en ese proceso hagamos daño al no poder colmar las expectativas del otro.

En cuanto a mí, aprendí a conocerme y a saber de lo que soy capaz. ¿Sabes, Samuel?, jamás pensé que tendría el valor de dejar mi país y a mi familia para abrirme camino en una tierra con costumbres tan diferentes a las mías; pero ya ves, lo he logrado. Y eso me hace muy feliz.

También me hace feliz pensar en ti. Desde que tú llegaste, mis días grises se tornaron en días donde abundan los colores. Y he luchado contra el deseo de verte y de estar contigo, pero ya no quiero luchar más.

Me estoy rindiendo, Samuel. Aquí estoy, lista para quererte y que tú me quieras. Mi corazón te necesita, no te imaginas cuánto.

Cuando vuelvas a Helsinki, si aún sientes algo por mí, espero que nos demos una oportunidad.

Con todo mi cariño,

Xisca.

CAPÍTULO 44

El sábado por la noche, Samuel y Alejandra salieron de Cali en un vuelo de la KLM directo a Ámsterdam. Su hermana dormía a su lado y él miraba sin ver la tenue luz de los pasillos del avión. Estaba exhausto, su cuerpo quería descansar, pero su mente se rehusaba a hacerlo. Desde que se había enterado de la muerte de su viejo, había intentado ser un pilar de fortaleza para su madre y su hermana y no había tenido tiempo de asimilar su propio dolor. Junto a Enrique, le había tocado hacerse cargo de los asuntos en torno al funeral, y después, tomar diversas decisiones, como elegir a las personas idóneas que apoyarían a su hermano cuando él ya no estuviera.

Su viejo se había ido para siempre. Aquel hecho lo sacudía todavía.

Le había llevado toda una vida y años de psicoterapia comprenderlo y aceptarlo como era, y al final, el perdón fue lo único vivo y verdadero entre los dos. Si no hubiera sido así, habría resultado imposible quererlo como lo quería. Comprender a ese hombre de otro siglo, forjado golpe a golpe, le había costado. Pero en su funeral, cuando observó el desfile de despedida de todos sus empleados, había entendido el legado que dejó tras de sí. Una persona con su poder se debía al bienestar de todas esas familias que dependían de ella. Resolver las diferencias con la suya nunca fue importante. Al menos le quedaba la satisfacción de que habían hecho las paces antes de que se fuera para siempre. Seco, le había preguntado por la vida que tenía en Finlandia cuando lo había llamado la semana anterior, y aunque le dolía que no hubieran podido hablar como dos buenos amigos, le agradecía de corazón la voluntad de comunicarse con él. Fue el viejo quien tomó la iniciativa, y para alguien tan orgulloso, suponía una gran demostración de cariño.

Suspiró y se removió en el asiento; el sueño se negaba a aparecer. Volvía a Helsinki y tenía que afrontar aquella honda herida de amor no correspondido. Por experiencia sabía que todo se olvidaba en el regazo del tiempo, pero mientras tanto era como si alguien hubiera hundido un punzón en sus entrañas y le diera vueltas sin compasión. Hacía un mes que le había abierto su corazón, y a ella no le había importado. Intentaba que la autocompasión no lo consumiera; hartó difícil, con toda la historia de fracasos amorosos que llevaba a cuestas.

Había bastado un cálido mensaje de condolencias de parte de ella para que su corazón se desmoronara. Sin embargo, le había prometido ser su amigo por encima de todo, y por Dios que lo cumpliría.

Se dio la vuelta, tratando de buscar una posición que relajara sus músculos. No lo consiguió. Con cuidado de no despertar a Alejandra, encendió el ordenador para trabajar. Revisó su correo para ver si había algún mensaje importante de la compañía y... su corazón se detuvo. Había un mensaje de Xisca. Retomó su ritmo con tan furiosos latidos que tuvo miedo de que todos en el avión lo escucharan. A medida que leía, la alegría lo ahogaba. Quiso saltar. Quiso llorar. ¿Por qué no? Incrédulo, se pasó las manos por la cabeza, revolviendo sus cabellos. Dos lágrimas solitarias se deslizaron por sus mejillas. Las mordió en sus labios y sonrió. Tras respirar hondo para calmarse, flexionó sus dedos para contestarle...

Horas más tarde, el domingo por la mañana, el olor del desayuno lo despertó. Las azafatas trajinaban de aquí para allá sirviéndolo. Se incorporó y, mientras se desperezaba, escuchó el sonido de su *smartphone*. Con una sonrisa secreta, lo revisó. Sí, era un mensaje de Xisca. Le pedía el número del vuelo para ir a por él al aeropuerto.

¿Podía ser alguien más feliz que él?

No, seguro que no.

Después de la escala en Ámsterdam, aterrizaron en el aeropuerto de Vantaa a las ocho de la noche. Ambos llevaban equipaje de mano, por lo que la salida de la zona de desembarque fue rápida y sin contratiempos. Preso del nerviosismo, recorrió con su hermana el corredor en dirección a la salida. Las puertas automáticas se abrieron, y barrió con la mirada a la gente que esperaba. De pronto, la vio: sus ojos verdes brillaban y su boca sonreía con cierta timidez. Se había recogido el pelo en una coleta y llevaba un hermoso vestido azul. Lo sorprendió agradablemente, porque casi siempre la había visto usar colores oscuros. Se dio cuenta de que Alejandra se quedaba atrás mientras él avanzaba, y cuando llegó ante ella, le susurró:

—Hola.

—Hola.

Contempló cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas y, con ternura, se las limpió antes de estrecharla entre sus brazos. La apretaba tanto que hasta a él le dolió.

Pero era un dolor pleno de felicidad.

No supo cómo ni cuándo los labios de ambos se encontraron, ansiosos y apasionados. Se embriagó con el sabor de su aliento y con la sensación de la lengua de Xisca buscando la suya. Mientras tomaba aire, enterró la nariz en el aroma de su pelo; luego, dejó un reguero de besos por sus cejas, sus mejillas, sin dejar de abrazarla. Y se quedaron así hasta que sus corazones se calmaron.

Xisca le susurró:

—Vamos a tomar un taxi.

Asintió y se hizo a un lado. Fue entonces cuando Alejandra se acercó.

—Hola, cuñada. Me alegra verte —le dijo su hermana con cariño.

Las dos se abrazaron.

—Gracias, Aleja, a mí también me alegra verte; no sabes cuánto.

Fuera, la luz del sol bañaba con suavidad a la gente que se desplazaba con sus maletas, buscando un taxi o dirigiéndose hacia las numerosas paradas de buses. Hicieron cola hasta que les llegó el turno y se subieron en uno de los vehículos.

Xisca y él se sentaron muy juntos, con las manos y los corazones entrelazados.

CAPÍTULO 45

Aquel domingo por la noche, herido y desilusionado, Mika rumiaba su tristeza deambulando en la silla de ruedas por todo su piso. Sentía que cada minuto que pasaba sin saber de ella se tornaba en una eternidad. Como si un cuentagotas dejara caer el tiempo para desesperarlo. Lo peor era el vacío de la soledad que lo devoraba y que ni siquiera su trabajo aliviaba.

No le contestaba los mensajes. No lo llamaba. ¡No le decía nada!

Unas veces, sentía rabia contra ella por dejarlo así, por no dignarse a darle una explicación, pero otras, se angustiaba por no poder confortarla. Se martirizaba imaginando a su exnovio aprovechándose de las circunstancias para hacerlo.

Quería mandar todo al diablo y salir para Colombia, pero tenía miedo de no ser bien recibido. Enrique seguro que no lo aceptaría, y Samuel, no lo sabía, puesto que tampoco había respondido a sus llamadas. Y no sabía qué hacer para mitigar esa frustración.

Minna lo había invitado a cenar con Obafemi y con ella, pero sabía que notaría su melancolía y no quería explicarle lo que había pasado. Ni siquiera él lo comprendía. Además, le daba vergüenza que su familia se diera cuenta de que su relación había sido un hermoso sueño, roto por la realidad de su discapacidad.

Maldita sea, no quería hundirse en la autocompasión.

Fue a por un trago; quizá si se emborrachaba, no pensaría más. Pero después de algunas copas, su cerebro se negaba a colaborar, y las reflexiones y los sentimientos continuaron desfilando hasta ahogarlo. Tenía que haber una razón para su rechazo, pero ¿cuál? Algo tuvo que haber sucedido aquel fin de semana en que no estuvo con él. ¿Enrique le habría dicho algo? ¿Había hecho bien en no informarla sobre la conversación que habían tenido? ¿O sería que, sensible como era, había percibido su decaimiento como una falta de amor hacia ella? Se pasó las manos por el rostro. Pero si era así, ¿por qué no se lo dijo?

De pronto, el zumbido de su móvil lo sobresaltó. Con desgana, lo tomó y... su corazón saltó con tal ímpetu que le lastimó el pecho.

Enviado por Alejandra:

Estoy aquí, frente a la puerta de tu apartamento.

Fue el timbre lo que lo obligó a salir del estado catatónico en el que se hallaba. Empujó con fuerza la silla de ruedas en dirección al vestíbulo y abrió la puerta. Allí estaba Alejandra, más delgada y con la cara demacrada, revelando todo lo que había sufrido en aquellos días.

Las lágrimas le hicieron cosquillas en la garganta e, inseguro, ahondó en su mirada. Percibió en ella amor, miedo, dolor y esperanza. Todo a la vez. Pero fue el brillo de ese amor lo que le dio el coraje para tirar de ella, sentarla sobre su regazo y abrazarla con tanta fuerza, con tanta firmeza que los brazos le dolieron. Ella lo estrechaba con la misma desesperación. La Tierra dejó de girar y el reloj detuvo las horas. El placer y el alivio que experimentaba eran tan grandes, tan infinitos que casi pudo escuchar los pasos de la soledad alejándose, de la mano del dolor de los días pasados.

Los latidos de ambos corazones se susurraban que nada más importaba si estaban juntos y se amaban.

La soltó, anhelando besarla. Titubeante al principio, rozó su nariz con la suya, pero fue ella quien, impaciente, posó los labios en los suyos. Tomando el control, la besó con toda la pasión y

la añoranza que había guardado. Saboreó el amor en su lengua, en su aliento; caminó por su nariz, por sus mejillas, por sus cejas. Descendió hasta el mentón, lo recorrió, y luego volvió a subir para perderse en su boca. Con el mismo fervor, ella le devolvía cada caricia. Las yemas de sus dedos lo tocaban por todas partes, elevando la dulce agonía del deseo. Palpó la sal de las lágrimas. ¿Las tuyas o las de ella?

Respirando con dificultad, apoyó su frente contra la de Alejandra y le preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué fue lo que hice? ¿Qué fue lo que dije?

La escuchó sollozar al enterrar el rostro en su pecho.

—Te vi con Sanna.

—¿Qué? —Le pareció que no había oído bien, pero una vez que su cerebro procesó la información, le levantó la barbilla, buscando la explicación en sus ojos—. Repíteme lo que dijiste, por favor.

—El domingo fui a la empresa y te vi con Sanna.

Anonadado, manifestó:

—¿Por qué no me lo dijiste? No puedo creer que tú pensaras que ella y yo... Lo pensaste, ¿verdad? —Ella asintió y él se sintió ofendido, dolido, pero al mismo tiempo aliviado, porque por fin sabía la verdad—. Por Dios, ¿cuánto tiempo estuviste observando?, porque si te hubieras quedado cinco minutos, te habrías dado cuenta de que yo la rechacé. —En su ofuscamiento, se percató de que no había cerrado la puerta y de que todavía estaban en la entrada. Se dirigió con su preciosa carga a la sala y, a pesar de la decepción y del enojo, se enterneció al ver su mirada avergonzada. Con un suspiro, cerró los ojos y la besó en la frente, en la sien—. Escúchame, no tuve nada que ver con ese beso. Sanna es una amiga y nunca he dicho ni hecho nada para que ella piense que somos algo más. Fue un momento sumamente embarazoso para los dos. Si te hubieras quedado, te habrías enterado sin necesidad de preguntarme. ¿Cómo pudiste pensar que yo te haría algo así? Nunca, escúchame bien, Alejandra, nunca te mentiría. El lema que ha regido mi vida es decir siempre la verdad, por dolorosa que esta sea.

—Lo siento, es que pensé que tú... —Sus ojos se llenaron de lágrimas, y lo que más le dolió fue percibir lo herida que estaba—. Llevabas días callado, triste, como si... —Bajó sus párpados, pero Mika le alzó la barbilla con suavidad.

—¿Como si qué?

—Como si te hubieras aburrido de mí. Sentí que ya no deseabas que me quedara contigo.

Qué locura. Por lo visto, sin querer, había lastimado profundamente a su novia. Se sintió avergonzado por no haberle expresado con claridad lo que sentía. Había estado tan ensimismado en su dolor que había olvidado algo muy importante en su relación: el diálogo. Alejandra tenía que haber sabido lo que le pasaba para que juntos pudieran apoyarse y encontrar una solución como pareja. Tomó su cabeza con ternura y le dejó un reguero de besos por todo el rostro antes de explicarle:

—Amor mío, te pido perdón por no contarte lo que me entristecía. Tienes derecho a saber todo lo que me pasa. Como te dije un día, eres mi pareja y debí buscar tu comprensión y tu ayuda. Soy un estúpido. No me molesta que estés todo el tiempo conmigo. Nunca, escúchame bien, nunca pienses eso; es más, espero que desde ahora vengas a vivir aquí. Solo pretendía que disfrutaras de tus amigas y de tus otras actividades, como antes de que nos hiciéramos novios. Tenía miedo de que sintieras que yo te asfixiaba. De que mis límites y todo cuanto conlleva compartir mi discapacidad te ahogaran. No se me ocurrió que pudieras creer que te quería apartar de mi lado. Por Dios, si tengo que hacer un esfuerzo para mantener mis manos lejos de ti. —La besó con deseo para que no le quedara duda alguna—. En cuanto a mi tristeza, te pido disculpas por no

compartir mi dolor contigo. Pero es... —tragó saliva con esfuerzo— muy difícil para mí hablar sobre esto.

Le costó varios segundos reunir el valor para continuar, mientras Alejandra besaba con ternura su mentón, la comisura de sus labios, infundiéndole valor.

—Después del accidente, me llevó más de un año aceptar lo que quedó de mí. Cuando me di cuenta de todo lo que implicaba la sucia tarea de controlar mis esfínteres, perder mi virilidad y mi independencia, me sentí tan avergonzado, tan frustrado que me deprimí. Pensé que había superado todas esas emociones, pero parece que no fue así. Cuando tú apareciste, a pesar de mi discapacidad, estuve tan concentrado en conquistarte y en encontrar el coraje dentro de mí para demostrarte lo valioso que podía ser que no pensé en el mañana. Es decir... —no quería confesar que sus dudas habían nacido con el interrogatorio de su hermano—, no pensé en las desventajas de esta relación para ti en el futuro.

—¿Qué desventajas para mí? —lo interrumpió Alejandra—. Pensé que para ti estaba claro que eres todo lo que quiero en mi presente y en mi futuro.

—Amor mío, no es tan simple. ¿Qué pasará si no podemos tener hijos? Y si los tenemos, ¿cómo puedo cuidarte y ser tu compañero en iguales condiciones que tú? Tengo miedo de no poder ofrecerte todo lo que te mereces. Tú conoces toda la paciencia que debo tener para desplazarme a cualquier sitio, los hábitos de autocuidado que exige mi cuerpo para evitar el deterioro. Tuve miedo de que un día todo eso fuera demasiado para ti.

—Mika, espera, espera, por favor. —Los dedos de Alejandra cubrieron sus labios con esa dulzura que tanto había extrañado—. Me enamoré de ti como eres. Todo tú. Tu inteligencia, tu noble corazón, tu pasión, tu sensualidad, tu honestidad, tu espectacular cuerpo y tu discapacidad. No puedo decirte que no me importa esa discapacidad, porque eso hace que seas la persona a la que yo amo y admiro. Forma parte de lo que eres, y no tengo miedo de afrontar las frustraciones que tengamos que sortear. Mi alma está llena de cicatrices también. Soy desconfiada, dura conmigo misma; tengo tantas carencias afectivas que dudo de todo, y eso, segurísimo, creará obstáculos que tú deberás comprender. Pero me gusta creer que donde yo flaqueo, tú no. Y que donde tú flaqueas, yo no. Toda esa capacidad de amar que tienes en tu alma cura mis heridas. Eres el hombre de mis sueños, y no cambiaría nada de ti. Nada. Si tenemos hijos, los educaremos con lo que cada uno pueda aportar. Si no, buscaremos otras alternativas. Pero lo más importante es que te tengo a ti, y que nos cuidaremos el uno al otro. Con lo positivo que eres, ¿no crees que con tanto a favor resolveríamos las dificultades que se nos presentaran? En vez de pensar que llegaría a cansarme de ti, ¿por qué no pensar que mi amor sería cada día más grande?

Emocionado, aliviado y enamorado de ella más que nunca, le dijo:

—Así que soy el hombre de tus sueños. —Sonrió y acomodó uno de sus mechones detrás de la oreja—. ¿De verdad tengo un cuerpo espectacular?

Ruborizada, tomó su mano y la llenó de besos.

—Sí, señor. Me enloquecen tus músculos. —Acarició con timidez sus brazos, su torso, mientras se besaban.

Suspiros, alientos entremezclados, labios sedosos que encajaban con dulzura y pasión.

—¿Estás segura, amor mío?

—Mika, te adoro. Confía en mi amor, por favor. Seguramente, te habrás dado cuenta de que soy una mujer que se toma todo muy en serio.

—¿Y a ti?, ¿te ha quedado claro que te adoro y que eres la única mujer para mí?

—Sí.

—Entonces mañana mismo pido cita en el registro para casarnos lo más pronto posible. ¿Estás

de acuerdo?

—Muy bien, jefe.

—Y... ya que estoy abusando de mi poder... —besó ambos hoyuelos—, quiero que organices todo para que nos casemos por tu religión.

Alejandra lo miró con los ojos encharcados.

—¿Quieres meterte en semejante berenjenal?

—Sí, señorita. Sé que es importante para ti, entonces también lo es para mí.

—Es probable que tengas que realizar un tedioso curso prematrimonial en el que un cura te aburrirá, o, mejor, te asustará al explicarte todos los compromisos y deberes de un matrimonio católico y...

La interrumpió con un beso.

—Absolutamente seguro. Y esta semana vamos a tu piso y nos traemos todas tus cosas. Pero dime, amor mío: ¿cómo están tu madre, Samuel y Enrique?

Durante la siguiente media hora, Alejandra le contó todo sobre el funeral y los sentimientos de dolor y agradecimiento al recibir un cuadro y una carta que su abuelo le había dejado. Después de escucharla, la instó a seguirlo a la cocina y la hizo tomar asiento mientras le preparaba algo de comer. La veía exhausta y muy delgada. Le pasó una copa de vino tinto y luego se puso a tajar un pan de avena, que acompañó con varias clases de queso, salmón y arenques. Dieron buena cuenta de todo, y cuando notó que estaba adormilada, la llevó a la cama.

Entre las sábanas, la escuchó decirle:

—Su muerte me duele más de lo que pensé. Siento su ausencia como si tuviera un yunque que aprisiona mi corazón, y no sé cuándo desaparecerá esta horrible sensación.

—Con el tiempo, mi vida. Con el tiempo.

La abrazó con fuerza hasta que se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 46

San Enrique, la pequeña catedral católica de la ciudad de Helsinki, haciendo gala de la misma sencillez que un templo luterano, se disponía a celebrar un matrimonio en la época del adviento. Las macetas que descansaban frente al altar extendían sus tallos rebosantes de flores. La danza cambiante de las llamas de los cirios, la discreta luz de las lámparas en lo alto y el tibio calor del radiador transmitían una agradable atmósfera de recogimiento.

Los reclinatorios se alineaban con callada expectativa, luciendo en los extremos un ramito de orquídeas, y el suave murmullo de la concurrencia flotaba acompañando al novio, que esperaba cerca del altar.

Fuera, el automóvil de Samuel se deslizaba entre las calles mientras Alejandra contemplaba por la ventanilla el brillo del sol sobre la fría mañana. Los días anteriores había nevado lo suficiente para cubrir la ciudad con una gruesa frazada blanca. Giró la cabeza y le sonrió a su madre, sentada a su lado en la parte de atrás. Para Marisela y para Rosita, aquel paisaje había supuesto un raro acontecimiento que había merecido fotos y largas caminatas por los parques, a pesar del frío y del miedo a caerse. Como niñas, habían palpado la nieve ante la mirada paciente de Mika y de ella.

Suspiró y respondió a la sonrisa que su hermano le dedicaba a través del espejo retrovisor.

—Aleja, se te olvidó ponerte algo prestado —le recordó Xisca repentinamente.

—No, no lo olvidé. Mi amiga Adriana me prestó su pulsera de oro, mira. —Extendió su brazo.

El coche se detuvo cerca de la entrada de la iglesia. Nerviosa, Alejandra se apeó y se las arregló para aferrarse al brazo que Samuel le ofrecía, al tiempo que sostenía el ramo de orquídeas. Del otro lado, entrelazó la mano con la de su madre. Xisca los siguió detrás, abrazada a Rosita, después de que su hermano las ayudara a bajarse.

Subieron por los escasos peldaños que desembocaban en la antecámara de la iglesia. Dentro, se quitó el abrigo y se lo entregó a su amiga. La familia, los amigos y los colegas de Mika y de ella estaban presentes. Caminar entre toda esa gente la inquietaba. Antes de entrar en el salón principal, echó una ojeada a su vestido blanco, de un sencillo corte romántico, cuya fina tela moldeaba sus senos y, después, caía libre hasta cubrir sus pies. Los hombros y los brazos estaban cubiertos por un tejido transparente que la protegía del frío y, al mismo tiempo, dejaba ver el color bronceado de su piel. Su madre se lo había traído de Colombia.

Escuchó la música.

—¿Lista, *enana*? —Su hermano le sonrió.

—Muy lista.

Abrieron la puerta y entraron en la cámara principal, avanzando despacio por el largo pasillo. Todos alrededor eran como puntitos de colores que fluían y desaparecían, pues solo tenía ojos para la mirada azul que la esperaba delante. El resplandor del amor que vio en ellos la emocionó. Sonriéndole con timidez, admiró el traje negro, con una impecable camisa blanca y una corbata gris, que lucía. Cuando llegó ante él, la ayudó a sentarse en el único asiento y, acto seguido, ubicó la silla de ruedas a su costado derecho.

El sacerdote los miró con aparente complacencia y, luego, se dirigió a la audiencia. Como en un sueño, Alejandra escuchó las palabras, que, hiladas en perfecta armonía, pasaban del finés al español, difundiendo un mensaje sobre el amor y sobre la búsqueda de lo sublime en él. Después, escuchó el susurro de su voz cuando dijo: «Sí, quiero». Un susurro sentido con toda la fuerza de

sus entrañas. Mika deslizó el anillo por su dedo y la miró a los ojos con intensidad. Con torpeza, ella hizo lo mismo, pues no quiso soltar el ramo para evitar dañar las flores.

Con las manos enlazadas, recibieron la bendición, y tras ella, sintió el beso firme y apasionado de su esposo.

Mientras los invitados se colocaban los abrigos y abandonaban la iglesia, Mika, juguetón, tiró de ella y la sentó sobre su regazo. Empujó la silla de ruedas en dirección a los percheros.

—Señor Fischer, ¿has entendido que has quedado atado a mí para siempre? —le dijo en tono bromista.

—Vaya, qué sorpresa, iba a preguntarte lo mismo, señora Fischer. ¿Está claro para ti que has quedado atada a mí para siempre?

—¿Eso hice? Oh, señor, déjame decirte que eres un hombre con suerte.

La carcajada de Mika fue acompañada por un beso.

—De eso no tengo duda.

Alejandra se levantó y, con cuidado de no estropear las orquídeas, se puso el abrigo. Mika hizo lo mismo con el suyo. Luego regresaron al altar para salir por el lateral derecho, donde había una rampa por la que su esposo podía desplazarse sin problemas.

Copos de nieve caían y se confundían con las burbujas de jabón que los familiares y amigos dejaron caer sobre ellos cuando descendieron por el declive. El aliento mojado de la nieve retozando sobre su rostro la estremeció. Feliz, se inclinó para recibir el beso y la felicitación de su madre. Siguió Samuel y Enrique; este último la había sorprendido al decirle que asistiría con su novia. De reojo, vio que Gerard, el padre de Mika, se inclinaba para abrazar a su hijo. Luego se incorporó y se acercó a ella. Muy alto, con abundantes canas en su cabello castaño y con los ojos de un azul diferente a los de su esposo, la miró con afabilidad.

—Es un placer tenerte en la familia; mi hijo tiene suerte.

—Muchas gracias, pero la que tiene suerte soy yo.

Una sonriente Minna se acercó y la besó con cariño. Obafemi casi la alzó; era como ser abrazada por un oso gigante, y por poco se le cae el ramo, pero Minna, rápida, lo rescató.

Cuando volvió a sentir sus zapatos sobre la nieve, contempló cómo Ulla se acercaba. Con suavidad, tomó su mano y, a la vez que cogía la de Mika, les dijo:

—Enhorabuena a los dos. —La serena bondad que advirtió en sus ojos, cuajados de lágrimas, la llenó de una honda gratitud.

Una hora más tarde, todos los invitados se encontraron en el amplio salón de un restaurante ubicado en una pequeña isla frente al popular parque de Kaivopuisto, a la que se podía acceder a pie por un largo puente de madera. Mika y Alejandra avanzaban cogidos de la mano. Se acercaron a conversar con Bernadette.

—Espero que *Júpiter* esté bien. —Le sonrió con afecto.

—Ha crecido desde la última vez que lo viste, y tiene el pelo más largo. Le encantará verte y conocer a tu adorable esposo.

—Cuenta con ello —le dijo galante Mika.

Oh, pobrecito, no sabía a lo que se comprometía, por lo que Alejandra se apresuró a decir:

—Me temo, amor, que vas a tener que vértelas con un enorme y travieso demonio.

—Tu esposa tiene razón —rio la irlandesa.

De repente, la puerta principal se abrió y entró un llamativo invitado. Muy alto y delgado, lucía con desparpajo un estrafalario traje color vino tinto y una singular camisa blanca. Supuso que era el famoso arquitecto y diseñador Pertti Putaja, el mayor accionista de *art & viiva*. Se aproximó a la pareja.

—Amigo, me alegra tenerte aquí. —Mika extendió la mano.

—No podía perderme el día más feliz de tu vida; pero, venga, quiero abrazar y besar a tu bella esposa. —Se giró hacia Alejandra y, a continuación, le estampó tres besos—. Me temo que es la costumbre en el sur de Francia, y yo la aprovecho donde quiera que voy. Alejandra, me han dicho que eres muy creativa, y por lo visto tienes muy buen gusto en lo que a hombres se refiere. Te has casado con uno muy honorable.

—Lo sé.

—Enhorabuena a los dos. Mi humilde *chalet* en la Riviera estará a su disposición para cuando quieran dejar atrás el duro invierno de este país.

—Muchas gracias.

Minutos después, ambos se separaron. Mika se vio arrastrado por una ola de colegas y allegados, y Alejandra, por sus familiares y amigos.

Se sentó al lado de Xisca y de Samuel, quienes, cogidos de la mano, la miraron con una sonrisa sospechosa.

—¿Qué?, ¿qué se traen entre manos?

—Tu hermano me ha pedido que me vaya a vivir con él y he aceptado.

—Sí, y también le he dicho que mis intenciones son mucho más ambiciosas —Samuel se llevó la mano de Xisca a sus labios—, pero ella quiere esperar. Por mí, me casaba ya, pero entiendo que tú necesitas tiempo —aseguró mirándola a los ojos.

Su cuñada sonrió con ojos brillantes y coquetos.

—Ya veremos.

Alejandra entendía sus inseguridades; en los últimos meses, su amiga se había sincerado y le había contado todo lo que había sufrido con el fallido noviazgo de su pasado. Juntas habían desmenuzado sus miedos y habían llegado a la conclusión de que, aunque en el amor no había certezas, bien valía la pena sumergirse en sus turbulentas pero maravillosas aguas. Estaba segura de que su hermano sería un buen compañero para Xisca, y de que esta sabría apreciarlo como él se merecía.

Se acercó a su madre y a Rosita, que charlaban muy animadas con la madre de Mika. A saber lo que se dirían con los dos únicos instrumentos de comunicación entre ellas: la gesticulación y las sonrisas.

—Vea, *mija*, ya lo decidí: voy a aprender finés. Porque, ¿cómo si no voy a retribuir toda esta gentileza con la que me tratan?

—Ay, mamita, no sabes de lo que hablas. Es una lengua muy compleja; mejor estudia inglés, es mucho más fácil. —Ella ya había comenzado a estudiarlo y sabía de lo que hablaba.

—No, *mija*, finés. Ya lo decidí.

—Y yo también, niña —intervino Rosita.

«¡Dios nos asista! Buena suerte para el pobre profesor, si es que encuentran uno en Cali».

Tomó con ternura la mano de Sirpa y se sentó a su lado para conversar.

En ese momento, una cadenciosa música sobresalía entre las voces, las risas, la algarabía de los amigos de Cali que habían venido a arropar a Alejandra y el tintineo de copas. Pero, de pronto, un silencio cayó sobre los invitados. En el centro del salón, un amigo de Mika tomaba el micrófono.

Se dirigió a ambos.

—A mi grupo y a mí nos complace regalarles nuestra música. —Miró a su esposo—. Amigo, sé cuán feliz te sientes, y esta canción, me dijiste, es especial para tu esposa. —Se volvió hacia ella—. Alejandra, espero que te guste el arreglo que hicimos.

Detrás de él, tres guitarras, un chelo y un violín afinaron las cuerdas. Después, los instrumentos dejaron aflorar suavemente las notas de *Love Love Love* mientras Mika se acercaba. La tomó de la mano y, con delicadeza, la sentó en su regazo. El corazón de Alejandra se batió emocionado; encontró sus ojos y con ellos le gritó un «te amo» antes de descansar su mejilla sobre la de él y dejar que los latidos se acoplaran al ritmo lento de la canción.

—Te amo, señora Fischer.

Levantó su rostro para responderle:

—Yo también, señor Fischer, con toda mi alma.

EPÍLOGO

Tres años después

Sobre el mullido cubrecama azul, Mika limpiaba con ternura las nalguitas de su hija, quien le sonreía y lo miraba con la inocencia de un ángel.

—Sí, no te preocupes, no vas a necesitar otro pañal por ahora —le susurró al oído—. Vamos a la sauna, pero no se lo digamos a tu madre. —La niña gorjeó en respuesta a su padre—. Sí, tienes razón, esta es la tercera vez en un mes, y tu mamá cree que con dos es suficiente para ti, pero... — le murmuró al oído una vez más— lo que ella no sabe es que los finlandeses tenemos el vapor en las venas. —La niña rozó con sus deditos la mejilla de su padre. Este la tomó con delicadeza y la colocó cerca de su pecho mientras con la otra mano encauzaba la silla de ruedas hacia la sauna.

Aprovechaba que Alejandra estaría toda la mañana en el estudio, dedicada a sus diseños, para darse un merecido baño de vapor con su bebé. Hacía un año que su esposa se había graduado, y hacía siete meses que había dado a luz a Alma. Tras un año en el que ambos se habían sometido a un programa de reproducción asistida, por fin habían quedado embarazados. Después de tener a la niña, su esposa había montado un estudio en una de las habitaciones del apartamento y se había dedicado a su línea de diseños en madera. Estaba lista para lanzar su colección por internet. Mientras, él había decidido tomarse un permiso de paternidad de seis meses.

Gozaba con levantarse cada mañana sin más retos que el de prepararle biberones a su hija, cuando su madre no la amamantaba, o el de sacarla a pasear por las mañanas y por las tardes. Descubrir el mundo con sus curiosos ojos negros era, después de amar a su madre, la experiencia más plena que había sentido jamás. Su corazón se derretía como un helado de chocolate en la boca cuando la oía reír al hacer piruetas con ella en la silla de ruedas. Escuchaba con paciente interés a otras madres y a otros padres en el parque cuando le contaban los pequeños trucos que utilizaban para lidiar con el llanto de sus retoños. Sin lugar a dudas, era todavía un misterio para él por qué la niña, cuando su esposa la dejaba en su cuna o en el coche, no lloraba; en cambio, con él, la muy bandida estallaba en lágrimas, pidiendo estar todo el tiempo en sus brazos. Si Alejandra no le echaba una mano, no tenía tiempo para nada más.

Su esposa le decía que el problema radicaba en que era muy blando, y Alma lo sabía. Tal vez, pero... ¿quién podía resistirse a esos ojitos encharcados?

Él no, desde luego.

Sintió los pasos de Alejandra y sonrió para sus adentros cuando apareció en el quicio de la puerta de la ducha.

—Los oí, par de sinvergüenzas. ¿Cómo que van a visitar la sauna sin mí? —Y procedió a desvestirse.

Se ducharon juntos, y después de jugar unos minutos, entraron. Mika se había asegurado de calibrar la temperatura a un grado moderado para que la bebé pudiera resistirlo. Ambos tenían claro que debía estar menos de cinco minutos, por lo que no se extrañó cuando su esposa le dijo:

—La voy a amamantar mientras tú continúas.

Se acercó, lo besó en la boca y tomó a Alma en sus brazos.

Las observó salir del recinto. Los dos amores de su vida. No podía ser un hombre más feliz.

AGRADECIMIENTOS

Mi segundo libro ha sido como una larga travesía que, después de un prometedor despegue, se convirtió en un vuelo lentificado por las turbulencias y los descensos forzosos. Tuve que comprender, entonces, que al dejarme llevar por el ritmo de los vientos, mi corazón exploraba inesperadas formas de crear.

El aterrizaje valió la pena.

Quiero agradecer a Dios porque es quien me da el coraje para realizar todo en mi vida con amor y entusiasmo. Después, a mi familia, que siempre está ahí para mí: mi esposo, mi madre, mis hermanas y mis suegros. Especialmente a Nathalia, por regalarme su anécdota sobre el perro y por sus maravillosos consejos. Más que una hermana, eres mi mejor amiga.

A Adriana y a Marisol, por sus sugerencias. Les agradezco inmensamente la seriedad y la profesionalidad con que leyeron mi novela. Las quiero un montón.

A Ayda, por sacarme siempre de dudas en gramática, y a Manuel, por sus aportes sobre arquitectura.

Unas gracias especiales para Christel Vaenerberg, quien contestó a todas mis preguntas sobre diseño y sobre el funcionamiento de una compañía de diseño en Finlandia. Y por prestarme sus valiosos libros.

Agradezco al doctor Carlos Alberto Salcedo por los datos que me dio. A Saara Pelttari, y a todos los profesionales a los que consulté en Finlandia. Seguí todas las sugerencias; sin embargo, tuve que hacer ajustes, necesarios para el desarrollo de la historia, así que cualquier incorrección es responsabilidad mía.

Unas gracias del tamaño de la Tierra a Érika, mi profesora. Su profesionalidad y apoyo me han permitido sacar lo mejor de mí. Me gusta pensar que más que mi profesora, es mi amiga, y agradezco que llegara a mi vida.

Un especial agradecimiento a un encantador joven español, quien compartió conmigo su experiencia. Sé que no es fácil para alguien lleno de vida, con planes y sueños, aceptar un giro desafortunado del destino. Tu frase: «Estoy igual, pero sentado» inspiró muchos de los sentimientos y pensamientos de Mika, y darle vida fue más real por tu ayuda. Gracias.

Por último, mi gratitud a mi querida Finlandia. Solo puedo decir que me encanta caminar por tus calles cubiertas de nieve y por tus silenciosos bosques, tanto como llenar mis pulmones con el aroma de tus hermosos veranos.

[←1]

Hola, en finés.

[←2]

Encantado de conocerte, en inglés.

[←3]

Vittu es una palabra antigua del finés, un término soez para expresar *vagina*, pero en este caso *vitun vaari* significa «abuelo bastardo».

[←4]

Es una palabra antigua del finés que se usa como imprecación, a modo de palabrota.

[←5]

El nombre que se da en finés a la silla Pastil, del diseñador finlandés Eero Aarnio. Tiene la forma de un tomate. Después de cuarenta años, sus modelos siguen vigentes.

[←6]

Silla diseñada por el finlandés Harri Koskinen, quien ganó el premio internacional de innovación en interiores en 2004.

[←7]

Pan de maíz. Es un alimento de origen indígena, típico de la gastronomía colombiana, venezolana y panameña. En Colombia hay diversas formas de elaborarlo, con relleno o sin relleno. Se consumen a cualquier hora del día.

[←8]

Silla diseñada por el finlandés Jukka Setälä en 1998. Tiene la forma de una bolsa grande y contiene un material que la hace adaptable a la forma del cuerpo.

[←9]

Buenos días, en finés.

[←10]

Estudio o taller de trabajo de artistas y diseñadores, en fines.

[←11]

Especie de muletas cortas que acaban en un patín, para apoyar los giros que los esquiadores verticales hacen con los *mono-ski* o *dual-ski*.

[←12]

Formación geológica de origen fluvio-glaciár. Llamadas también «marmitas de gigantes», pueden presentarse de dos maneras: como un hundimiento circular y con agua, generado por los depósitos de los glaciares, o como una cavidad formada por la acción de las corrientes fluviales en los cauces de los ríos. En este caso, las depresiones dan lugar a pequeños o grandes lagos.

[←13]

Hola, en finés.

[←14]

Es una compañía finlandesa, fundada en 1862, que posee una tienda por departamentos; opera en varios países del Báltico.

[←15]

Centro cultural en Helsinki con salas de proyección, restaurantes y pequeñas tiendas.

[←16]

¡Hola, guapo!, en finés.

[←17]

Es una sociedad de gastronomía internacional dedicada a preservar e impulsar la tradición de la buena mesa, incluyendo el compañerismo. Nació en 1950. Su práctica viene desde los tiempos en que los gremios de asadores de la monarquía francesa se dedicaban, como un privilegio, a asar ocas y aves muy apreciadas en esa época.

[←18]

Literalmente, *camisa*. Túnica blanca o de colores, ricamente adornada alrededor del cuello. Se usa especialmente en el occidente de África en ocasiones especiales.

Table of Contents

[Como luz en invierno](#)

[DEDICATORIA](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)